

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS DE
LA MANCHA

Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca



LAS CANTERAS

HE aquí un nombre simbólico de Alcázar, vinculado, además, al producto más típico, el bizcocho.

Han sido varias las familias de canteros, consagradas de por vida a picar la piedra que sacaban a brazo de nuestro suelo y han sido varias también las canteras, pero la más importante, tradicional y permanente, es la del yeso de los Anchos, que son largos, interminables y hondos, inagotables.

La estampa reproducida es de nuestros días y de aire africano neto: ahí se trabaja como negros desde tiempo inmemorial.

La vista justifica la dureza de nuestra vida anterior y explica los resabios y las indiferencias que nos vienen de atrás. El alcazareño, plantado sobre el desierto, tuvo que picar para sacar el agua que estaba honda; el aire y el sol le resecan el pan que se ponía como riscos y él, confundido con el gredizo y la arenisca, se impregnó de despegada adustez.

¡Qué mérito el de aquellos hombres, de tan penosa fidelidad a la tierra que los echó, como los cardos, sin apenas poder sostenerlos!

Gracias a su ejemplar firmeza la tierra se fue suavizando y ellos también, dando buenos frutos, pero necesitaremos mucho todavía para que deje de percibirse entre nosotros la asperidad del salitre.

Hagamos honor a los que empezaron y perseveremos hasta lograrlo.

POR

RAFAEL
MAZUECOS

FASCICULO XV

Trabajar y estudiar

Al final de la vida todo son resíduos y los recuerdos no son más que una parte de ese sedimento, pero el recuerdo y el desengaño le prestan a las observaciones un valor efectivo que uno desearía transmitir a las gentes con las que ha compartido su existencia por si les sirve para algo.

Ya se ha dicho aquí varias veces en distintas formas, que el criar una familia numerosa y situarla es uno de los problemas más difíciles que se le pueden plantear a cualquiera y que pocos logran resolverlo a gusto y del todo, tal vez porque el mal tiene su origen en el amor, que por algo lo pintan ciego. Me refiero al amor del padre al hijo, único real y único generoso como es el amor, que todo le parece poco.

El padre quisiera librar a su hijo de las contrariedades que él tuviera y lo pone a estudiar.

Estudiar es, con los métodos usuales, ir aprendiendo cosas y olvidándolas al mismo tiempo, hasta el punto de haberse dicho que la cultura es lo que queda cuando se ha olvidado todo y lo que queda es algo tan impreciso como el saber aproximadamente donde están las cosas.

Después de largos años de aprender y olvidar sin una idea clara o sin ninguna idea de la finalidad de este ejercicio, el gimnasta, hombre o mujer, se encuentra de repente con que no sabe que hacer con aquel bagaje de conocimientos que nadie le dijo como debería utilizarlos, como debería de aplicarlos a un trabajo útil.

Con mil dificultades e imperfecciones se va pasando la vida y al final se encuentra uno con que lo que verdaderamente sabe, mejor o peor y no se le olvida, es lo que ha hecho y de lo que leyó, solamente lo que aplicó o lo que hizo es lo que recuerda bien. Y uno se figura que si hubiera tenido la suerte de tropezar con alguien que le hubiera enseñado a hacer las cosas que leía, aplicando los conocimientos cuyos fundamentos estudiaba y viendo sus errores tranquilamente y pensando, los resultados hubieran sido mejores, mucho más fáciles, mucho más seguros y mucho más saludables.

Que maravilla tener el taller junto a la escuela. La Botánica y la Geología estudiadas en el campo, la Anatomía en el cadáver, la Química en el laboratorio, la Ingeniería en las fábricas. No torear de salón, sino con el toro en la arena, haciendo arte y creándolo con ilusión, según se van venciendo todas las dificultades posibles.

Nada más inútil ni más funesto que embotar cerebros embutiéndoles teorías a granel sin que el interesado pueda sacar ninguna conclusión, que es la razón fundamental del fracaso de tantos alumnos distinguidos por no saber trabajar y haberse apartado de grado o por fuerza de la escuela donde debieron permanecer hasta habituarse a hacer aplicación de las teorías almacenadas en los años de escolaridad.

Estudiar pero trabajar, aplicar lo que se estudia y estudiar mucho para trabajar mejor es el camino de la perfección.

Secretillos de la fe curanderil

Hace poco se le murió el hombre a una curandera de fama comarcal y la gente, que no da paso sin su consentimiento, decía:

—¡Anda! ¿Por qué no ha curado a su marido?

La sacerdotisa, con motivo del óbito de su hombre, recibió el homenaje de muchos de los enfermos favorecidos con su gracia que la acompañaron en sus coches, pero nadie disgustado del fracasillo de quien tantas veces los había librado de funestos males, antes al contrario, con cierto gustejo por la impotencia que igualaba un poco los poderes de todos, pues nadie acepta la supremacía de nadie y menos el que se pueda ver libre de los quebrantos comunes.

El comentario se extiende como el aceite, con la complacencia general y establece comparaciones con nuevas maestras de la magia que han salido y que van desviando hacia ellas la atención que antes acaparaba la viuda.

La muerte y la competencia actuante en momentos de decaimiento, deja al personal más conforme con el inadmisibile bienestar de la mujer de la gracia, pues la humanidad no soporta la preeminencia sin el contrapeso, por lo menos, de una cruz insoslayable.

El tío Marchani

Se le ha recordado en alguna ocasión al hablar de la calle Ancha. Era un hombre de media alzada, gordo, flemático y ahora comprendo que de buen carácter, bonachón. Cuando me asustaba de él, de su soledad, contagiado del miedo de los demás, no podía considerarlo así.

Estaba viudo y vivía solo en la casa de más aca de Pedro Cagalera. Su puerta era un póstigo de tres tablas y había un hondo al entrar.

Su presencia solitaria más bien entristecía que alegraba la caseja, como las casas abandonadas y abiertas que imponen y respetan mucho más que las ocupadas y cerradas, sobre todo de noche.

Le recuerdo en el verano que cenaba en la puerta lo que él mismo se preparaba. Ponía dos sillas bajas en la cuneta. Una le servía de mesa y la otra de asiento, con el jarro al pie.

Cenaba con calma, tal vez lo hacía todo calmosamente. Recogía las cosas al acabar y se entraba, dejando un silencio y una quietud tan grandes detrás, como de vacío, que amedrentaba.

Las vecinas que permanecían al fresco hasta las tantas, a veces hasta las once de la noche o más, cuchicheaban asustadas y el sereno, que había cantado las diez en la Cruz, pasaba arrastrando el chuzo del farol. ¡Qué tristeza tan grande envolvía esos momentos de la prima noche estival! Pero el más persistente y medroso era el del vecino solitario y su sombra, alejado de todo, moviéndose en las tinieblas e internándose en las tenebrosidades de su caseja.

Cuando se murió fue la hija con todos los chicos a ocupar la vivienda que, naturalmente, era suya y volvió a calentar el nido que al padre se le había quedado helado. La sombra del buchoncete anciano se extinguió para siempre. ¿Quién podría recordarla ni para qué? La naturaleza elimina lo inútil y la Humanidad, infinitamente más cruel que la naturaleza, lo tortura hasta aniquilarlo.

Solo al final se ve con claridad y se comprende la amarga realidad del tío Marchani y la suprema razón del excepticismo de los viejos ante la gran verdad de la vida que es la mentira de todo.

Más temprano o más tarde todos llegamos a ser un poco el tío Marchani, pero hasta que no se llega no se puede comprender ni sentir con ternura su grande, su inmensa y triste soledad.

Ningún pueblo de España tiene la diversidad de comunicaciones ferroviarias que Alcázar y en ninguno habrá influido tanto el

Alcazareños ignorados

carril de hierro.

Los primeros trenes que pasaron iban tan despacio que se podía subir a ellos en marcha sin mucho riesgo, pero la polvareda que movieron fue tal que la vida quedó transformada radicalmente por el trasiego continuo de personas y cosas, dispersándose así mismo los sentimientos y dándonos ese aire de indiferencia que distingue a las ciudades cosmopolitas, sin que ello signifique frialdad, como se dice, y menos superficialidad, cosas de las que yo tengo los mejores y más numerosos testimonios en un arsenal de correspondencia que ya va siendo difícil de manejar y que prueba bien claramente la huella tan honda que un nacimiento accidental o una estancia circunstancial han dejado en miles de personas que con solo oír el nombre de Alcázar se emocionan, abren el arca de los sentimientos y muestran su alegría y su regocijo al recordarlo.

Si no fuera tan halagadora para mí que puede sacarme los colores por encima del aceitunado de mi tegumento, merecería la pena publicar esta correspondencia para demostrar como se quiere y como se siente a nuestro pueblo por ahí y como este núcleo de población tiene un halo sentimental que, a modo de cabellera, se ha ido enrollando en los raíles del tren y extendiéndose por el mundo entero, porque ¿dónde no habrá un alcazareño, nativo o de adopción, y donde dejará de dedicarse a nuestro lugar un recuerdo lleno de cariño si surge un motivo auténtico y desinteresado, como el de estos libros, que han tenido la suerte de hermanar a los alcazareños, de refrescar la memoria de los que vivieron aquí y de atraer muchas simpatías, desde los puntos más lejanos, de las personas que se preocupan de las cosas que constituyen los valores propios de cada país?

Lo que yo siento al ver las manifesta-

ciones de agrado hacia nuestro pueblo, llega a los límites de la embriaguez y las pruebas de cariño que de

rechazo llueven sobre mí, por el simple hecho de llevar el estandarte, como el que iba detrás del Jaro el Tambor, me anonadan y confunden, conmoviendo y enterneciéndome el ánimo muchas veces.

Aún eliminando la parte personal que me oigan sería menester un gran libro para recoger los rasgos más salientes de esa correspondencia, pero habrá que intentarlo porque ninguna otra cosa puede llenar tanto el corazón de un padre como el amor de sus hijos, la gratitud y el reconocimiento del bien recibido y Alcázar tendría en esa publicación testimonio pleno de la perennidad del amor, del recuerdo y del agradecimiento de cuantos vivieron y pasaron por él.

No tiene comparación posible la ternura de estos sentimientos de los alcazareños ignorados que, sin relaciones con nadie de aquí, con vagos recuerdos de los nombres que oyeron en su infancia, sin ningún motivo grato especial o tal vez con algunos ingratos, con los problemas de su vida resueltos y bien resueltos, vuelven su pensamiento a Alcázar y se complacen en venir, recorrer sus calles, meterse por los rincones, retratar alguna casa desconchada y preguntar a quien se encuentran como cualquier forastero en viaje accidental. ¿No os conmueve, no os emociona el pensar en estos paisanos, en la delicadeza y hondura de su sentir, cuyo

amor, casi místico, a la tierra propia, es tan puro y desinteresado, tan imprescindible que sin poder dejar de venir, se conforman con pisar en ella, respirar el aire y marcharse como una sombra misteriosa, sin dejar huella ni recuerdo? Nadie los vió, nadie se dió cuenta de su presencia ni de su paso, nadie pudo penetrar, ni aún haciéndolo hubiera podido comprender, el momento sentimental de aquel visitante que, solo entre las gentes de la Plaza o en el silencio de un callejón sin salida, evocaba a sus padres, la escuela a que lo llevaron, los chicos con que jugó... y con los ojos rasados de agua, iba dando vueltas, poco seguro de las entradas y salidas y menos del equilibrio de su mente, alterada por la emoción de los recuerdos de la infancia.

El visitante que no dejó huella, que no buscaba a nadie, que solo quería verse de pie en el solar donde nació, se llevó sin embargo, refrescado y enriquecido, su conocimiento del pueblo y la seguridad de nuevas, entrañables evocaciones, que el tiempo y la distancia se encargarían de embellecer aumentando el caudal lírico de su vida.

Así ha pasado con muchos y así pasó por aquí poco ha, una chica de la calle de la Estación, la alcazareña sin par, Elisa Ramírez. Y ahora que me doy cuenta de su existencia y de su valer, después de haber olvidado que se agarraba a mis pantalones de pequeña para no caerse, quisiera fijar aquí su recuerdo para que la mente flaca no sufriera nuevos olvidos de lo esencial alcaza-

reño. Menguado empeño, sin embargo, porque no la conozco personalmente y solo se de ella que nació en las casas del Chimeneón y que ya en la calle de la Estación, la Concha del Estudiante, que era un poco zahorí, predijo un día que la Elisita sería una mujer de valía.

Actualmente es madre de familia; su marido es el ingeniero asesor de la embajada de España en Francia y viven en la alta sociedad de París.

Desde la calle de la Estación hasta la *Ville Lumière* hay un interregno que aparece relevantemente aprovechado al observar su correspondencia, de una distinción y de una corrección impecables, de una galanura y de una agudeza sorprendentes, imposibles sin una cultura sólida y amplia que no se adquiere frívolamente. Sus cartas son impresionantes por su diafanidad que llega a la transparencia; sus ideas claras, de rigor metódico; sus citas justas y oportunas; sus conceptos clásicos, de sólida formación. En fin, lo que se dice una cabeza perfectamente equipada y en condiciones de cualquier empresa grande. Y sobre todo esto un amor a su tierra que nadie podía suponer, gracias a lo cual el nombre de Alcázar, anda por París cada dos por tres representado con absoluta propiedad y la dignidad máxima.

La existencia de esta criatura, la respetable madame Elisa Ramírez de Castillo, de méritos sobresalientes indudables, es un orgullo para Alcázar, cuyo nombre no deja de pronunciar ella diariamente con veneración.

Nadie aquí valorará esto que en un hombre sería rarísimo pero en una mujer parece imposible, ¡Cuanto habrá luchado la Elisita para no dejar fea a la Concha del Estudiante, que no lo era de por sí! Mereces, hija mía, el agradecimiento y la admiración de tu pueblo y yo, Don Nadie, como quien dice, me complazco en hacértelo presente, con el respeto, con la consideración, con el entusiasmo y con el cariño que para mí tiene todo, lo alcazareño.

OTRO CHICO DE EMPUJE

Me escribe el hijo de Correïllas el maquinista desde su residencia de Cartagena diciéndome que D. Mariano Gómez García, ingeniero que reside en León, quería tener los libros de Alcázar y para no quedarse él sin ellos que le mandara los que pudiera.

Le mando dos y recibo acto continuo un telegrama que dice: "Recibo agradecidísimo fascículo fotografía Maestro Galiana. Estoy besándola. Abrazos. Mariano"

Aunque hecho ya a estas emociones el telegrama me dejó impresionado y se lo mandé a los hijos de Galiana para que lo pusieran en un cuadro.

En carta del día siguiente hablaba el ilustre ingeniero de la emoción que sufrió al ver la fotografía del "hombre que tengo tan metido en el alma que ningún día, desde hace más de sesenta años, escapa a mi memoria el hombre cumbre D. Diego González Galiana y no tuve más remedio que ir a poner el telegrama". "¿Cómo iba yo a sospechar -si-gue escribiendo- que a mis ochenta años pudiera volver a ver la entrañable estampa de mi inolvidable maestro-cumbre, D. Diego, que inculcó en mí la semilla de la felicidad de toda mi vida"?

Después he sabido que D. Mariano, de más de ochenta años ya, nació en Socuéllamos, en cuya estación trabajaba su padre como factor y que desde pequeño tuvo la idea de ser ingeniero, con lo que el padre debió pasar los apuros que pueden suponerse, por el cargo que él tenía, por la pretensión del hijo y por la época aquella.

Nació D. Mariano el año 1883 y cuando tenía cinco años lo llevaron a una escuela de párvulos a Villarrobledo, donde ya demostró afición al dibujo. Por el 91 a los 8 años, lo trajeron a Alcázar y recorrió las escuelas oficiales sin encajar en ninguna, hasta que lo pusieron en una de pago y dió con D. Diego González Galiana, al que debe, dice, todo lo que ha sido y lo que ha estudiado y trabajado, contando con que se hizo ingeniero al



D. Mariano Gómez García, ilustre ingeniero manchego y muy notable escritor

fin, desempeñando cargos en la A. E. G. en Industrias Pallares, etc.; es inventor internacional y gran escritor con numerosos premios y cargos.

La vocación del chico y su evidente despejo e inadaptación a las rutinas determinaron diferentes apreciaciones familiares sobre su porvenir. La madre veía con simpatía las aspiraciones de Marianito y confiaba en una viuda rica, chona, tía suya. El padre temía que el muchacho se perdiera en los Madriles y decidió meterlo a fraile en los Trinitarios, en la época del P. Pedro "el Largo" y del P. Pedro "el Corto".

Trasladaron al padre a Calatayud y el muchacho pasó al seminario de Tarazona pero al llegar al tercero de latín no pudo aguantar más y lo abandonó. Nuevo traslado del padre a Linares e ingreso del muchacho en el Banco de España y a estudiar Comercio que no le gustaba, por cuyo motivo al terminar se fue aburrido a Buenos Aires prometiendo no volver sino era para

hacerse ingeniero y así pasó ejerciendo después su profesión durante cuarenta años con toda felicidad, por la buena base que le puso su inolvidable D. Diego, elevándolo al primer puesto de la escuela.

Ser ingeniero y manchego son los dos orgullos mayores de este hombre admirable que tampoco estuvo remiso para labrarse el otro pilar fundamental de la vida, el del matrimonio, pues le pasó lo que a Sagasta, que también era ingeniero, que tuvo que raptar a la novia para hacerla suya, aunque D. Mariano la atrapó un poco antes, al salir un día de la iglesia y no como D. Práxedes, cuando se formaba ya el cortejo nupcial en el rellano de la escalera de la novia, para que se la llevara el otro.

Cuesta trabajo entender esto ahora, pero la verdad es que la oposición de los padres era tan cerrada y los impedimentos para relacionarse tan seve-

ros que, más o menos, todo el mundo tenía que recurrir a alguna estratagema para lograr sus aspiraciones y D. Mariano la urdió buena en Valladolid, donde conoció a su Pilar en la calle de Santiago. El padre, ingeniero también, se reiría del manchego que a los 32 años todavía no lo era y tuvo que atraparla a la salida de la novena, auxiliado por tres amigos que estaban en el ajo, como él estaba seguro del amor de la moza, conduciéndose todo tan correctamente después que desembocó en una felicidad que duró treinta y ocho años.

D. Mariano añora La Mancha, su cuna y se deleita cotejando en los libros los apellidos que le son familiares, dice: Cenjor, Roper, Manzaneque, Castellanos, Camacho y "Correillas", que era el que le seguía en la escuela de Galiana.

Su generosidad es tanta que ha dedicado a esta obra y a mí personalmente los mayores elogios en la prensa de León de la que es prestigioso y asiduo colaborador desde hace muchos años.

¡Qué dicha la mía al poder mantener viva la llama de la ilusión en un hombre tan excepcional!

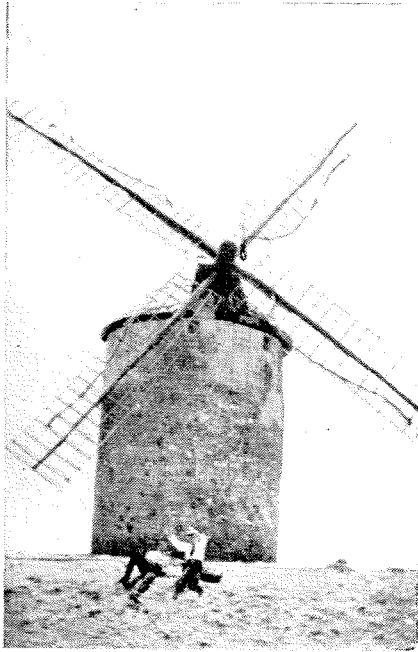
OCURRENCIAS

Dicen que D. Oliverio jugaba mucho a la lotería y se recuerda que le tocó el gordo más de una vez.

Sin embargo quien estaba cerca de él no vió nunca billetes de lotería por ninguna parte, pero sí se sabe que en vísperas de Navidad mandaba a Baldomero a comprar lotería entre los revendedores de última hora sin reparar en la prima, tal vez por considerar más propicia la suerte así rebuscada. Es un aliciente acuciante para los que gustan de confiar en el azar.

Antonio Bolecas le decía a la Lorenza la "Alicata", su mujer, que no le echara agua al vino. A él le gustaba dar el vino puro cuando tenían ramo y ella decía que en su casa todos estaban bautizados y no quería vender el vino moro. Cuando les tocaba a los amigos en su casa preparaba con antelación una bombona de lo mejor que tenía en la bodega y la dejaba debajo del mostrador encargándole a la mujer que no tocara la garrafa. Pero ella no dejó nunca de echarle el agua correspondiente para mantener su tipo único en el camino de Valcargao.

Molinería Alcazareña



El molino de viento es el gigante de descomunales brazos, ayer agitados y hoy colgantes y escaúidos como cañerejas calcinadas por el sol y los aires. Es el símbolo deslumbrante de las alucinaciones quijotescas, que quebraba la línea del horizonte y alteraba su quietud con el continuo voltear de sus asparentosas velas.

El que se ve en esta fotografía es el del Cerro de la Horca, uno de los que jalonaban el "Camino Murcia", al otro lado de Pindongo.

La fotografía fue tomada por Santiago y Pepe Ortiz el año 1925 y los que aparecen al pie son don Enrique Martínez Solanová, riojano, Teniente Coronel de Artillería que vive en Logroño y su primo Fernando Vizcón Solanová, que después de haber nacido en Alcobá de los Montes, nada menos, se fue a vivir estoicamente hacia las eras de Botines y de Melenas, donde sigue, sin querer que nadie le quite el sol.

El descuido, que es una de las características alcazareñas, en el sentido de desatención hacia lo propio, apreciada diariamente por mí en la busca de detalles íntimos demostrativos de nuestros rasgos, ha hecho que no se conserve ninguna fotografía de los molinos antiguos de la villa.

Menos mal que Alcázar, por el cosmopolitismo que le da la vía, recibe a muchos transeuntes y no es raro que les agrade llevarse algún recuerdo, por lo que al cabo de los años suele encontrarse entre "los tíos forasteros" lo que falta entre los hijos del pueblo, gracias a lo cual podemos reproducir esta fotografía del Molino del Cerro de la Horca que acaso sea la única de un molino alcazareño de los antiguos, pues la publicada de Sotero, en el fascículo segundo, era un fragmento en el que apenas se veía la puerta.

De los molineros quedan dos, octogenarios, Crisóstomo Juandela y Sotero, olvidados por completo de su arte hace muchos años y queda otro mozo, -Agustín Paniagua, el hijo de Pepe el de las Aguas y nieto del tío Laureano-, que sin ser molinero, por la curiosidad que ha tenido para conservar detalles del pue-

blo, hizo un apunte de los molinos que se recuerdan, que vamos a extractar aquí, en el sector que nos ocupa, para memoria de este desaparecido menester.

En los cerros por cuyas faldas metieron los técnicos los carriles del tren, tanto hacia Levante como hacia Andalucía, estaban la mayoría de nuestros molinos de viento.

Por cierto que en el más notable de los cerros, San Antón actual, acaeció un cambio de nombres demostrativo de como lo vivo arrolla a lo muerto. El

nombre de San Antón lo llevaba el primer molino. El cerro se llamaba de San Cristóbal, según la tradición, por existir en él una ermita colocada bajo la advocación de este santo, más allá del Sepulcro, al otro lado de la vía, donde estaba la Cueva del Santero. La ermita desapareció en el abandono y el molino, cosa viva entonces, dió nombre al cerro, Este molino, propiedad del tío Esteban -Esteban Castellanos Peñuela-, se quemó cuando lo tenía a renta el Molinerillo Hermoso.

Al segundo molino de este cerro le decían El. CHOPO y fue del padre del tío Niní hasta su muerte que lo heredó el hijo.

El tercer molino, llamado EL CARBON por ser propiedad del tío Carbón y de él lo adquirió el bizco Juandela -Francisco Tejera-, el abuelo de Crisóstomo.

El molino del Cerro de la Horca, cuya fotografía es la que se reproduce aquí, fue del tío Pretolo, abuelo de Pucheritos y al llegar a este por herencia a través de su padre D. Juan Castellanos, se lo compró Juan Juandela. A la parte abajo de este estaba LA MOTILLA, donde ahora la ermita de San Isidro, molino en el que se inició en la molienda D. Juan de Dios Raboso, como se dijo en el fascículo primero y en el que acabaron el oficio el Molinerillo Hermoso y Vicente Villajos.

De los molinos de detrás de la Estación ya se ha hablado otras veces e igualmente se ha aludido a los que hubo sobre el escalón de "Las Abuzaeras", pues se utilizaban todos los altos para aprovechar las bocanadas de aire y moler.



En esta fotografía se encuentra el Molinerillo Hermoso -Julían Atcolado Zarco-, y su mujer -Paz Fernández Checa Montalvo-, que tampoco era fea y varias de sus hijas que también se podían ver.

No es poca fortuna poder conservar en esta obra el recuerdo de uno de nuestros molinos según eran y el de uno de los molineros que trabajaron en él, que, además, no estuvo falto de apodos y se quedó con el más expresivo: el Molinerillo Hermoso. Su padre fue también molinero toda la vida y sin embargo le decían el Zapaterillo y al chico, Julián el del Zapaterillo, pero el padre murió muy joven y la hermosura del chico era tanta que la gente empezó a decir:

—¡Vaya un molinerillo hermoso!

Y con eso se quedó.

Fue hijo solo. Su padre era hermano del padre de las Braulias y por lo tanto el Molinerillo primo hermano de todas las que hemos conocido y hemos de recordar con agrado después de muertas por su buen trato. Se crió con su madre, María Jesús Zarco, viuda, en la calle Arjona donde había nacido, en la casa de la tía Sinfora y el tío Juan Parrana, padres de Daniel el del Agua, enfrente del Flete. Se hizo novio en la Puerta Cervera, enfrente del tío Joaquín Vela y allí se quedó al casarse y vivió hasta su muerte.

SUCEDIDOS

Cuando el tío Chichones estaba de molinero en Las Guerreras con D. Juan Castellanos debió advertirse algo que indujo a D. Juan a poner un candado en el arca donde echaban la harina de la maquila.

Chichones al ver el candado puso un letrero en la tapa que decía:

—“De que te sirve el cerrar si está en mi mano el echar”.

Al día siguiente desapareció el candado.

D. Demetrio fue un maestro que no usó nunca correa pero si punteros y varillas de fresno y sus manos de enanete que repelaban con una furia feroz. Entre los chicos se decía que untándose con ajo la palma de la mano no dolía el castigo y uno, que no se escapaba nunca de él, fue por la calle untándose y al pasar se cumplió el castigo y D. Demetrio debió olerle porque le propinó un palmetazo en cada mano diciendo:

—Toma pan y moja que es caldo de liebre.

El chico dijo luego que le había dolido más.

La Rondilla era una callejuela donde se arrojaban desperdicios.

Le reprochaban a Sanchón el ir a recoger las gallinas muertas que tiraban para comérselas y el contestó

—¿Es que te las comes tu vivas?

Otra vez mi pueblo Otra vez mi calle

Cuando el alma más o menos atormentada, siente la necesidad del consuelo y de la comunicación imposibles, halla en la evocación infantil la compensación más apropiada e inocente y, a veces, ensimismado en el recuerdo, se escribirían cientos de páginas variadas e inconexas que el viento arrastraría como hace con las hojas caducas de las arboledas en la época otoñal.

Es natural que las almas, cuando les falta todo, retrotraigan su vida al tiempo que no carecían de nada y eran objeto de cuidados y preocupaciones constantes de la madre amorosa cuya ternura parece continuarse en la tierra que la recibió en su seno al extinguirse su vida.

Por eso me deleita la evocación de mi calle y de su gente tal como era en la *belle époque*. Y cuando la fortuna me favorece con el hallazgo de algún retrato de aquel tiempo mi alegría no tiene límites. Ahora han sido dos las fotografías encontradas, la de la Bernardina y Pepe Canto y la de la Rafaela de Chala.

La calle Ancha era en mi niñez, más pobre que ahora pero mucho más hermosa, porque la riqueza no implica belleza necesariamente, más bien lo contrario. Era entonces mucho más atractiva y de una espiritualidad más entrañable, silenciosa pero estable y enlazada con la vida propia del lugar.

Eran muchas las casas pequeñejas, pobrísimas, pero rutilantes de limpias y llenas de sol que les daba



La Bernardina y Pepe Canto

alegría, con algunas hierbecillas silvestres en los tejados y en las umbrías que aumentaban su rusticidad. La mayoría con un gran patio a la entrada y algunos sembrados de manzanilla, como el de la Bernardina que vivía donde después hizo la casa Mariano Lucas que ahora ocupa la familia de Francisco Campo.

El patio de la Bernardina hacía pareja con el de la tía Joaquina del Suero, su medianero, cada uno con su portón grande de color chocolate a la calle.

La Bernardina y Pepe Canto no tenían hijos y el aseo resplandecía en todo.

La tía Joaquina, viuda de Bullones, tenía muchos hijos, muchas ovejas y muchos duros de plata juntos en seras de vendimiar.

Las casas parecían desde fuera hermanas gemelas pero la vida en ellas era muy diferente. Tuve más afinidad con la Bernardina porque jugaba con su sobrino Valentín y porque se parecía algo a mi madre

La calle, sencilla y limpia, tenía uniformidad, como nacida espontáneamente de una forma de vida genuina y natural, sin artificio y duradera, pues nada denotaba que aquella tierra, amasada en adobes y tapiales, pudiera desmoronarse jamás, tal era su ambiente de estabilidad y seguridad

Los patios que daban a la calle son en mi recuerdo, como las mujeres que cuidaban de ellos, de lo más entrañable. El de la Rafaela y el de la tía Petra de Mire, -aquella santa mujer-, los únicos que existen, de los más antiguos, de los más deleznable y de los mejor conservados, sin perder aquel aire de vetustez cuidada, tan íntimo, con que parecían haber nacido. El patio de Sopas, el del Diablo, el de las Laureas, el de Juanaco, el de Chicharras y el grande de la tía Mocosca. ¡Con que placer los evoco en el pensamiento!

La Rafaela de Chala -Rafaela Mazuecos Camacho-, procedía de una de las doce ramas principales del tron-



La Rafaela de Chala

co de los Mazuecos alcazareños, la de los Chalas y de la parte de Diego, que se distingue por ser menos espigados que los otros Mazuecos descendientes del tío Facó, más rechonchos, de caras más redondas y los descendientes del tío Diego con los ojos más o menos saltones como se aprecia en la Rafaela, lo cual no quita mérito a su lustre y buen porte, que los tenía. Se quedó viuda muy joven, con cuatro hijos. ¡Qué humildad la suya y con qué conformidad lo llevó y cuanto trabajó para salir adelante!

Su patio, como el de la tía Petra, era pequeño y alargado. Yo entraba en ellos casi a diario pues tanto el portón pesado de la Rafaela como el póstigo endeble de la tía Petra, estaban abiertos o entornados, rara vez cerrados y conservo en el alma las impresiones que recibía y el recuerdo de las personas que se movían en ellos de un lado para otro, sobre el piso de cantos, siempre barrido y húmedo, en parte por la umbría, en parte por el riego mañanero del verano o por la lluvia del invierno, los dos con escalera de yeso, volada, al fondo, con puertecillas en su hueco y a lo largo, en los dos a la mano izquierda, con cortinas, ora dentro ora fuera de las puertas, todo humildísimo, silencioso, triste, cruzado por alguna vieja que entraba o salía sigilosamente, como una sombra, con su pañuelo del cuello, sus alpargates negros y su mandil de pintejas, limpios, musitando el rezo de los más pueriles reconcomios íntimos. Al recordarlos ahora me estremece aquella impresión de soledad y la sencilla solemnidad, de un vivir de ermitaño, resignado y conforme pero diligente, obediente al precepto de ayúdate y te ayudaré.

* * *

SUCEDIDOS

Se inicia la carestía

EL DESPERTAR del 3 de Agosto de 1930, publicó el siguiente anuncio:

DOÑA JACINTA NIETO

Profesora en Partos.

Ofrece sus servicios a los siguientes precios:

Familias de jornaleros 10'— ptas.

Empleados ferroviarios:

Plantillas y Guardafrenos, 15'—, Fogoneros y Maquinistas 20'—

Relatividad de las cosas

Una alcazareña que me es muy adicta y a la que quiero de verdad, viene a la consulta con la curandera más famosa de la comarca, mujer nada lerda, fina, lustrosa y muy poseída de su misterio.

Orientado el problema médico que motiva la entrevista, me hace mi parienta, porque también es parienta, algunas observaciones de sus achaques, con insistentes interrogaciones y explicaciones y una confianza completa.

—Bueno, ahora me dirá ésta algo para la tensión y luego ya veremos

Y nos despedimos con toda calma y tranquilidad para seguir devanando la madeja de la vida otro día más despacio.

Piedra de toque

Vizcón, que es otro secuestrado, que le pasa lo que a mí, que ve las cosas con la mente más que con los ojos, por no poder salir, me dice, hablándome de remedios salutíferos, que hace tiempo que no se ven las boceras.

Y es verdad. Ni tampoco se habla de la piedra azul que las curaba, pero ¿seremos nosotros los adecuados para decir que no haya boceras por ahí?

Barro de calidad

En la época de florecimiento de la avariosis se veían lesiones increíbles a causa del abandono de las gentes y de la poca eficacia de los remedios, incluso cuando ya se iba a Madrid a curarse. Pero como allí, según la observación pública, no atan los perros con longaniza como parece que debía suceder para ser lo que aquello es, pues uno se cansó de ir y venir sin que las llagas que tenía en las piernas sufrieran modificación. Entonces fue a un médico de su pueblo, famoso entre los famosos y D. Paco, con aquella intuición deslumbrante, le mandó que bebiera el agua en pucheros de Alcorcón y poco a poco aquellos barrancos se rellenaron como si no hubiera habido nada, ante el asombro de todos.

En la relación de hombres representativos del lugar, debe ocupar Juanillo el puesto preferente a que sus condiciones le hacen acreedor. Entre todos dieron carácter a nuestro pueblo y sin este de hoy, la rosa de los vientos de nuestra vida, estaría falta de una de sus más persistentes orientaciones.

Todos nuestros hombres tienen un fondo novelesco, de quijotismo, que ¡ojalá! pudiera remontar alguna vez en aras de la ficción, pero hasta ahora se mantienen en mi mente y en mi corazón tal como eran, de carne y hueso y según me entraron por los ojos o tal vez mejor, porque los veo a distancia y, desde mi rutina de los Rayos X que descubren entresijos de las almas imperceptibles a simple vista, egoísmos, ambiciones y hermosas muestras de amor desinteresado y sacrificio.

A Juanillo le salieron los dientes en la Plaza y a eso y a ella le debe el nombre y la personalidad que allí se formó con las prácticas de los trajinantes, porque sus padres, Pedro Sánchez y Eugenia Lizcano, cuando nació, el 13 de Diciembre de 1875, le pusieron Juan, -Juan Sánchez- cosa que no podía ser ni más llana ni más castizamente alcaceña, pero la gente que lo hallaba entre los banastos todos los días dispuesto a echar una mano y no a ver lo que se pescaba como suelen estar los vagabundos, empezó a llamarle familiarmente Juanillo y con ese diminutivo tan paternal se

Juanillo Junquillo

(Juan Sánchez Lizcano)

Por su constitución, Jesús y Joaquín parecían de una rama y la Juliana y Juanillo de otra, estos más metidos en carnes y corpulentos y aunque todos con la dentadura apiñada y un poco fruncida la boca, los que menos los dos últimos. Los otros tres hermanos, la Petrilla de Piñón; la Anastasia de Millán el Alguacil y la Antonia, la mujer del barbero aquel tan negro que fue camarero estaban en un término medio, Juan fue el guarín, el último de los hermanos. Juanillo era hombre de buena planta, menos cerrado de barba que sus hermanos y de mucho mejor color. Quitaba gallardía a su figura la elasticidad de sus rodillas que al afianzarse en ellas se le iban para atrás y le hacían más prominentes las pantorrillas. Recordando a Estanislao, que era patizambo, rodillas arqueadas hacia fuera, de ángulo abierto hacia dentro, genuvalgún, y a Federico el de la Escusaera, que era patituerto, rodillas hacia adentro, formando ángulo hacia afuera, genuvarun, se comprenderá mejor el defecto de Juanillo, que con su prestancia y dinamismo apenas se percibía, casi menos que en Olivares, el médico, que también las tenía así, con cierta angulación abierta hacia adelante, genurecurvatun.

En todas sus aptitudes denotaba su confianza, la satisfacción propia, la seguridad en si mismo y su *sanc-fason*, todo le salía por una friolera, como era corriente en Alcázar, pero el proceder franco y generoso ennoblecía los actos de todos.

Juanillo difería de los demás por su majeza y tal vez por sus desplantes. No es que los demás no los tuvieran, pero más atemperados. Su cualidad se hallaba entre la de los puramente noctámbulos del Paseo y los paladines de la sorna alcazareña. Nunca fue cobarde ni tardo

quedó y por apellido el mote de sus antecesores.

Era hermano de la Juliana la Junquilla y de Jesús y Joaquín Sánchez.

en aprontar su parte ni se sentía cohibido por arriesgar cuanto tuviera a su alcance si llegaba la ocasión, sin reparar en como saldría del atolladero después.

No desentonaba entre los fanfarrones, más bien sobresalía, pero su fanfarronería era natural, quiero decir que carecía de afectación y entre la gente del pueblo era comprensivo y generoso.

Los hombres de la Plaza decían que había que llevar dinero siempre encima para dar señal si se terciaba cerrar un trato y cuanto más mejor.

De hecho ninguno iba desprevenido ni lo ocultaban y Juanillo mostraba a menudo la cartera con todo lo que podía almacenar y tal vez ese rumbo de la ostentación le costó la vida cuando la guerra hizo quebrar todos los resortes morales que antes contenían al hombre y la impunidad dió lugar a que el encono y la envidia se tradujeran en actos de vandalismo o de salvajismo feroz y la codicia por aquella cartera tan abultada y aquellos bolsillos de duros que levantaban la faja, sosteniendo el peso de la ancha cadena



Esta actitud, despechugada, de Juanillo, era muy típica en él. Nadie comprendería a Juanillo arropado o encogido ni se le vió jamás con abrigo y menester era que cayeran chuzos de punta para que sacara una media bufanda sobre puesta en los hombros y cruzada del embozo, dejándole las manos sueltas que necesitaba para bracear, para manejar la tagarina y para llevar el moquero de la faja al hocico y del hocico a la faja las infinitas veces que la mascarria del tabaco se lo hacía menester, una de ellas al hacerse esta fotografía, porque tiene los labios apretados como siempre que acababa de limpiarse. Su natural era con la boca abierta a que le obligaba su defecto respiratorio de aire familiar.

Todos los cortos de resuello (respiradores bucales), tienen la misma preocupación por cerrar la boca en los momentos señalados y de ella no se vió libre Juanillo a pesar de su carácter expansivo, porque es un gesto casi instintivo y precisamente lo único que le quita naturalidad a quien tuvo la llaneza por noble ejecutoria de su vida, si bien una llaneza complicada, nada sencilla y por demás fantástica.

de hilos y broche de plata, con gran colgante del mismo metal, debió tentar la ambición desalmada que arma los brazos de los salteadores sin reparar en el sacrificio de las vidas para apropiarse los caudales que no supieron ganar.

Y así acabó y por esta probable causa, la majeza noble y generosa de Juanillo Junquillo cuyo anecdotario podría llenar muchas páginas de esta publicación, desde que apareció en la Plaza de Chiquitín, como el gorrino de S. Antón, teniéndola por escuela y por despensa, hasta que se posesionó de la Posada de la Cayetana y se hizo el mejor postor y rematante de los consumos, figura cumbre de todo el recinto.

Juanillo, sin tener donde caerse muerto, parecía destinado a servir a los placeres, pero él vió enseguida, siendo un mal muchacho, que debía ser placero él en lugar de criado de los placeres y ya fecundado su temperamento por el rumbo de la Plaza, de la fantasía de ser y de tener, se fue haciendo con los bo-

rricos y mulas falsas que se desechaban en el pueblo y los atalajes más inservibles que no podía pagar y le hacían de penar lo indecible y así empezó su carrera. Por cierto que cuando ya tenía carrillo fue a Villarta con fruta y hortaliza y la falsedad del ganado volcó el carro y le rompió una pierna en el sitio que después murió el hijo de Estrella. Menos mal que estaba allí trabajando su hermano Jesús, el padre de Heliodoro y medió enseguida para que le prestaran la asistencia que necesitaba. Desde el principio le tentó el juego, pues la simpatía por el azar es un signo de la ambición y de la necesidad acorralada, seducidas por los golpes de fortuna, aunque en Juanillo lo del juego como todo era más bien fanfarria, orgullo y ostentación y una vez hecha la postura se quedaba conforme ganando o perdiendo. Era, como dice Victoriano el Viejo que convivió mucho con él, una jaula llena de canarios, todo alegres trinos y fantasía y en el fondo solo bondad. Generoso como nadie, su dinero era el primero en todo, no sabía entrar en las tabernas sin convidar a cuantos hubiera en ellas, porque al hacerlo percibía la admiración y la adhesión de los parroquianos que apetecía su vanidad, pero aunque tomara él solo una copa sacaba la cartera llena de billetes para pagarla. La gente se quedaba mirándola con asombro y el tarbenero le decía asustado:

—¡Guárdate eso, hombre, no te vaya a pasar algo, que cosas tienes!

Repuesto de lo de la pierna se unió a los Raicillas y a Ana-

cleto Lizcano y se fueron a la Vera a por casquijo. El dinero era tan poco para lo que necesitaban comprar que, por no emprender tan grande empresa con tan escaso caudal, como hizo Espronceda cuando por no entrar en tan gran ciudad como Lisboa con tan poco dinero arrojó al mar las dos pesetas que llevaba, Juanillo propuso hacer una colecta y probar fortuna en el juego. Anacleto y los Raicillas que tampoco se hacían rogar, aceptaron y lo perdieron todo, quedándose perplejos y mirándose los cuatro sin saber que hacer. Juanillo le recuerda a Anacleto que tiene un amigo en Talavera y que debía ir a verlo, Lizcano que no era frío lo acepta y salen para allá pero el amigo se los quitó de encima hábilmente y Juanillo recordó que él tenía otro amigo en Arenas de San Pedro -Segundo Burgos Morán- y allá fueron logrando un préstamo de 300 pesetas con las que Juanillo volvió al juego logrando juntar 3.600 pesetas, cantidad sobrada entonces para el carguío. Como se les habían agotado las provisiones compraron 3 kilos de chuletas y se las comieron en casa del amigo. Volvieron al café y Juanillo a la timba ganando otras 1.200 pesetas. Pagó las 300 y explicó lo ocurrido con lo que todos se alegraron grandemente, cargando el género que deseaban, abonándolo y volviendo felices aunque por las peripecias llegaron tarde al mereado alcaceño del casquijo, pero como Juanillo no fue egoísta ni con lo propio ni con lo ajeno, lo pregonó barato y liquidaron prontamente ganando 364 pesetas para cada uno.

Como Anacleto fue muy determinado para el matute, al acabarse el casquijo le propuso a Juanillo ir con un carguío de aguardiente a Valencia acompañados de un Raicillas. Morano les fió y allá fueron con muy poco dinero pero con muchas ganas de ganarlo.

En la segunda jornada se rompió el eje del carro y hubo que sustituirlo y pagarlo vaciando del todo la faltriguera. Raicillas preguntó qué se había de comer y Juanillo contestó que ellos verían porque el eje los había tronchado. Al uso del

Crispín de los LOS INTERESES CREADOS, al llegar a la posada Juanillo encargó con énfasis al mesonero que preparara para cenar dos pollos fritos con tomate. Cenaron, se acostaron, madrugaron mucho y alegando tener liquidado le dieron dos duros al mozo y se despidieron para volver a los 4 o 5 días, dejando expresiones para que se las dieran al posadero cuando se despertara.

Al día siguiente, faltos de dinero y de comida, decidieron vender a excuso la mercancía a menos de su valor, con lo cual y comprando mercancía de reporte, zic - zagueando por rutas diferentes, consiguieron llegar a Alcázar, donde dijeron a Morano que les habían decomisado el aguardiente y que Juanillo, para no descubrirlo, se había fingido hijo suyo, arreglándolo todo con la pérdida del género y prometieron pagárselo en un plazo que nunca se cumplió.

Juanillo, al cabo de otras muchas luchas y aventuras, se hizo posadero, sucediendo en su cargo nada menos que a la Cayetana.

La posada y el trato con los trajinantes le fue muy favorable y allí se inició su prosperidad; hizo la casa de la Plaza, puso 70.000 cepas, repuso las caballerías juntando en la cuadra seis pares de primera y no de las falsas de sus primeros tiempos, arreos y carros nuevos, todo inmejorable y una bodega de 20.000 arrobas dotada de todos los elementos precisos para la buena elaboración, haciéndose entonces también exportador de vinos y postor de Consumos, ayudado por los Limones, arrieros de abo-lengo que frecuentaban la posada.

Ya dueño de la Plaza empezó a traer jaulas de ganado y abaratar la carne quitándole al consumista el carácter fiscal que se repudiaba. Esto lo distanció de los carniceros, lo acercó al pueblo y a Estrella, alcalde entonces, que apoyó decididamente su gestión y pudo adjudicarle otra vez los



Esta fotografía completa el recuerdo de Juanillo, que está presidiendo el grupo, por que era el amo de todo, dice Victoriano el Viejo y, además, nos sirve para conservar la imagen de varios alcazareños muy conocidos.

Sentados están, de izquierda a derecha, Estrella, Juanillo Junquillo y Benito el de Estrella y de pie el Cojo de Estrella, Fulgencio Pozo y el tercero puede ser Victoriano el del Viejo o Faustino Barrilero, uno de los de Raimundo, el panadero del Arenal, hermano de Repizca, que cuando los consumistas se metieron en lo de la carne andaba mucho con ellos. Eso en la Plaza lo aclararán con toda seguridad.

Pudiera ser que la fotografía se hiciera el día de la subasta de los consumos aunque Victoriano así como que quiere recordar que se retrataron en Madrid una vez que fueron a pedir vagones, allá por el año 13, que él tenía un vagón de pellejos medido y no hallaba donde embarcarlo. De cualquier modo la fotografía procede de esa fecha, porque la segunda subasta, durante lo de la carne, fue también ese año.

A Estrella se le despegaba por artificioso cualquier detalle señoril y está como envarado con ese cuello de astracán. Lleva luto y casi seguro que de su hija la que estuvo casada con Félix Lucas, y un pañuelo con nudo cuadrado al cuello como los que implantaron aquí los barriobajeros de Madrid. Juanillo, con su chaqueta ribeteada de cinta negra, su faja y su semblante descarado, está, como lo están todos los demás, en su llaneza nativa, como el piso de la puerta del Cuarto del Peso que era su rodal.

arbitrios dando lugar a que se extendieran las actividades de los consumistas que alcanzaron su mayor prosperidad, punto difícil para todo hombre y más para un temperamento como el de Juanillo y sus amigos Estrella y Brocha que también habían llegado a su momento de mayor holgura económica e iniciaron una época de diversiones y holganzas que fue motivo de la decadencia de todos ellos y Juanillo se vió mal al fin para liquidar los consumos, siendo el que quedó peor, cosa natural dado su carácter.

En estos ajustes de cuentas hubo de recordar a sus compañeros de arbitrios que todos habían disfrutado como él y que una noche que no estaba para acompañarlos, fueron a sonsacarlo y le pudo costar la vida con el torero Larita. Este incidente, que no pasa de ser un alarde tabernario en un antiguo café de camareras, ofrece la particularidad de recordar lo soterrados que discurren los sentimientos humanos.

En la Plaza, de lo que más se alardeaba era de tener y por eso Juanillo, placero de pura sangre, tenía la cartera siempre a la vista y lo que no era la cartera porque una mañana al llegar se pusieron a fanfarronear y para demostrarle a Estrella que tenía más que nadie y que no le daba importancia al dinero, se quitó las botas y llevaba un billete grande de plantilla en cada una. Otra vez, estando en el servicio su sobrino Heliodoro fueron a verlo en uno de sus viajes de toros y diversión, los tres amigos y el entonces co-

ronel Sanjurjo que lo era del regimiento donde servía Heliodoro, y en el café de San Millán, nunca escaso de chulapas, salieron a relucir los billetes enseguida, siendo Juanillo el primero y el que más se distinguió y así pasó en Alcázar la noche de Larita, pero este se lanzó diciendo:

— El mío es el primero

Y le prendió con una cerilla a un billete de mil, tan escasos entonces.

Juanillo comprendió que había llegado el momento de jugárselo todo y se calló, Larita le increpó y humilló y Juan prefirió irse a su casa silenciosamente. Ese quebranto de Juanillo es lo que más eco dejó de toda su vida, demostrando que en el fondo de la admiración hacia él había un secreto deseo de anularlo y se celebraba en silencio, pero con regocijo íntimo, que un forastero bravucón le hubiera agachado las orejas en un momento de borrachera, sin que nadie se hiciera solidario con el que tan generosamente se había desvivido por todos a lo largo de su vida.

Para arreglar sus cuentas, dispuso por entonces Juanillo de algunos de sus bienes y perdió gran parte de su prestancia, hallando en su tercera esposa el apoyo y el consuelo que el hombre de lucha necesita siempre en los instantes adversos y que solo la mujer puede darle cuando le quiere y vela por él.

Después tuvo algunos instantes de rehabilitación y tal vez estaba en mejores condiciones de lograrla, pero había perdido el factor principal del triunfo que es la ilusión, el placer de luchar, el juego por el juego mismo y en las vacilaciones impuestas por la experiencia y el decaimiento que acarrea el desengaño, le sobrevino la muerte, con la cartera y por la cartera reventando de billetes todavía y dispuesto a irse a Marsella a por un cargamento de huevos.

En las sumas y restas de esta vida surgida y modelada en la Plaza, -y el que a lo suyo se parece honra merece-, hay que reconocer su arrogancia, su generosidad, su bondad, su decisión. Pese a todo no fue cobarde, ni egoísta, ni vago.

Convivió con todos los que abandonaron sus oficios para vivir del vicio sin temerle al "Huerto del Francés", que había en los soportales de la Plaza ni a las demás chirlatas del Paseo, pero su atención volvía enseguida a la empresa, al trabajo. De haber estado en otro medio, su espíritu emprendedor y fantástico hubiera dado abundante fruto.

Como criado a la interperie se le pegó todo lo que había en el ambiente, incluso la fiebre espiritista de que hablaba "El Despertar".

Se casó tres veces, la primera con una Jaranda que murió muy joven. Le dió por la brujería en que la metió la tía Caguina y embrujada murió, tan poseída de los espíritus que, cuando estaba en las últimas, le decía a la abuela Eugenia que no se le acercara porque la iba a embrujar y a ponerla como estaba ella.

Poco después se le apareció a Juanillo muchas veces su padre muerto y él se ponía negro de tan congestionado cada vez que lo veía, abatiéndosele mucho el

ánimo. Sus hermanos le animaron para que le preguntara lo que quería y a su petición fueron a llevarle una vela al Cristo de la Agonía de Ocaña. Lo acompañaron Jesús y la Petrilla y se sabe que allí tembló Juanillo como un azogado, sin atreverse a hablar, morado y muy aliado. Una vez puesta la vela aquello se acabó y Juanillo se casó de segundas con una tal Braulia de la que tampoco tuvo descendencia ni larga compañía, pues a pesar de las andanzas inevitables en un hombre tan placero y tan placeado, celebró la tercera boda con la Francisca Corrales, la quereña que estaba en casa de Sánchez Tembleque y que le fue de tanto provecho en la última parte de su vida.

Nuevas notas musicales

Algunos sucesos del libro anterior han dado mucho ruido, como era de esperar y han dado lugar a que se conozcan otros similares. Uno de ellos se refiere a un matrimonio de pastores en que la mujer llevaba la batuta y él parecía un perrillo de aguas a su lado. Cuando a ella le parecía bien, en reuniones familiares o de vecindad, lo miraba y le decía:

—Anda, Juan José, tota un poco la zambomba.

El hombre la miraba recelando, miraba a los demás y miraba alrededor de la silla en que estaba sentado. Se limpiaba el hocico con el revés de la mano y poniendo cara de mico enredita, empezaba a soltar cuescos imitando la zambomba a la perfección:

—Pun, pun, pun, purrun pun pun.

La mujer lo miraba embelesada y decía:

—¡Qué gracioso! ¡Y parece tonto el "sinoco" estel!

Tenemos especial interés en hacer notar al inolvidable amigo y brillante escritor Valentín Ballesteros, que todo no son disonancias detonantes en el arte flautista, pues los hay, como el citado ahora, que parece que han seguido cursos de armonía y composición, cosa que aparte de la producción gaseógena de que se trata luego, supone mucha práctica y no escaso arte en la regulación de la salida, en la sonoridad justa y en el ritmo acompasado que también dice en la música de aire.

SEMPRE se han comentado aquí con el interés que merecen las dos ocupaciones elementales del hombre, el pastoreo y la labranza. Y de los muleteros, pastores de muletos y mulas jóvenes cerriles, se habló al evocar las figuras casi legendarias de Manzanero, Piñón y el tío Pití. Después de aquello, en este año pasado, se han despoblado totalmente las vegas y puede decirse que no han quedado muleteros. Este cambio, impuesto precipitadamente por transformaciones asfixiantes de la economía, nos ha hecho pensar en los mayoresales de abolengo.

Dentro del pastoreo, los muleteros tuvieron siempre una consideración mayor, tal vez a causa de bregar con animales de más tamaño y de más precio y entre ellos los hubo, como en todos los oficios, de más prestigio y de menos, según sus condiciones personales. Hay que reconocer, sin embargo, que en nuestras vegas hubo unos cuantos mayoresales excelentes, como Cristóbal Piñón, que lo fue de Pernalva y Manzanero, ya recordados en esta obra, "Churrín" -Inocente Alonso- alto, gordo, rubio, bien plantado, de Doña Remedios; "El Manchao" -Antonio Moreno Manzanero-, de Bosch; Juan Muñoz, el de la "Menegilda", con Don Juan Baíllor y sobre todo Monda -Lorenzo Cortés Marín-, que lo fue del Conde. Había nacido el año 1856, el 14 de Noviembre y, murió el 1929, el 26 de Febrero.

El tío Frasco, mayoral del Conde mientras vivió, enviudó joven y se casó de segundas con una hermana de Lorenzo siendo este pequeño y se lo llevó a la "muletá" a los 15 años, empezando así el aprendizaje de tan importante menester en el que debía destacar como una primera figura.

Parece que el apodo tuvo su origen en la *monda* que le hicieron a su padre de chico un día pelándolo en la barbería, tan acentuada que la gente lo comentó el tiempo suficiente como para que se quedara de apodo. Es posible, pero teniendo en cuenta la sorna alcazareña, es más probable que fuera por la calvicie,

Oficio desaparecido

como le pasó a Melenas, porque en los ascendientes y descendientes de Lorenzo ninguno ha dejado de estar bien *mondado* y el que alce el dedo que se quite la boina.

Hay que imaginarse a Monda como de complexión recia pero ligero de carnes, alto, con la calma pastosa que da el oficio, el habla pausada y el pensamiento sentencioso, hilvanado con refranes, sucedidos y ocurrencias de los que esmaltan la vida de todos pero solo sacan enseñanza las mentes que penetran tranquilamente en los principios y en los fines de los actos humanos y eso lo heredó con el Conde que llegó a tener en él su confianza absoluta, sin que sea menester decir que fundada en una lealtad inalterable y una fidelidad a toda prueba, mantenidas con sensatez hasta en la advertencia o el consejo si eran oportunos y las circunstancias lo requerían. El Conde lloró su muerte como no podía por menos y no se recató para manifestarlo ni era posible disimular el efecto de haber perdido al hombre en quien se podía confiar de seguro y esa consideración que mereció Lorenzo del señor la tuvo igualmente de cuantos le rodeaban por ser la suya una autoridad creada con sus actos, que es la que se respeta y no solamente delegada o impuesta que es la que se soporta mientras no hay otra solución.

Monda regentó la "muletá" con conocimiento y sensatez, lo mismo que lo demás de la casa cuando se vino de la vega. Gran recela para todo interés de Don Ramón, sin excluir el acareo de "moruecos" descarriados en días de elecciones, que también lo entendía.

Conocía el terreno, conocía el ganado y sabía las necesidades de uno y de otro que procuraba satisfacer y en los días señalados de echar a los animales o de esquilto, se ponía de manifiesto el dominio que había llegado a adquirir con su entrega en el ejercicio diario, incluso a la hora de jugar, porque no había quien le aventajara a tirar la reja ni a saltar sobre los caballos y tumbar a las mulas para esquilmarlas. Siempre le dejaban las más salvajes, pero echándoles mano a las orejas les metía la rodilla en el brazuelo izquierdo y caían en el acto porque no les tenía miedo y parecía como que se rendían a la destreza, a la confianza y a la seguridad del mayoral.

Todo lo singularizó Monda, hasta la casa donde paso su vida de muletero, situada en las largas del Pozo del Toro, que lleva su nombre. Allí había una piedra tan enorme que nadie creía que la hubiera podido llevar un hombre solo como la llevó él para tenerla de asiento y de adorno.

La parada de Don Ramón estaba en la Casa del Condecillo, de la Cañada del Ratón y a ella no faltaba el mayoral que dirigía cuidadosamente las operaciones de recelo y cobertura de los animales. Se hizo famosa y allí acudían todas las yeguas y burras de la comarca.

Lorenzo tuvo seis hijos, uno único varón, que heredó el título como los hijos primogénitos de las casas grandes y lo lleva con plena dignidad, Pedro Monda, y



Que Monda fue un gran caballista nadie lo pondrá en dudas y que a él le gustaba serlo tampoco. Hasta los nombres de los caballos domados por él y de su uso acreditan la suficiencia de que se creía investido al reservarse los más difíciles.

Aquí le vemos en la yegua SOBERBIA que le costó mucho dominar, pues hacía honor a su nombre. Aparece Lorenzo joven, anguloso, cetrino, de concentrado mirar, sobre un caballo de perfil africano, de capa torda, talla mediana, bien plantado, de remos finos y sólidos y cascos pequeños y duros. Cruz poco saliente, poco ensillado, más bien alto de riñones, ojos grandes, cabeza pequeña y cuello más bien corto, pecho espacioso, con el escudo del Condado puesto en la nalga. Monda lleva traje de pana, ribeteado de cinta, todo negro, como el chambergo que echa un poco hacia atrás, percibiéndose en su frente espaciosa las amplias entradas de una calvicie precoz.

En el conjunto de sus rasgos es más pura sangre el jinete que la jaca y no dejarían de probarlo los alardes en el salto y en la monta donde el adorno y la fantasía pastoriles sobresaldrían con honor.

Tuvo otra yegua de nombre guerrero LA IMPOSIBLE, fina, "baya" oscura, estrellada en la frente y el caballo TORERO que en un día de nieve resbaló y cayeron los dos quedando Lorenzo estribado, pero no perdió la serenidad ni el dominio y empezó a hablar al animal que se estuvo quieto hasta que pudo sacar el pie derecho de la cazoleta en que se había quedado prendido y se levantaron los dos siguiendo su camino. ¡Que trance! ¿Necesita algo más un buen jinete para acreditar su condición?

cinco hijas de las que solo vive la Lorenza, madre de Mariano el de la Botica. (1)

Se quedó viudo muy joven, a los 46 años, -la mujer, María Josefa Casero Casero, tenía 42 cuando murió-. No se volvió a casar, detalle que a mi juicio habla en favor de su hombría porque hacen falta muchos más bemoles para eso que para lo contrario. Como hombre fuerte y saludable, comía bien. Tres o cuatro kilos de carne le venían cortos a cualquier hora.

La faja de Lorenzo era de las más cumplidas que se vieron en Alcázar hasta el fin. Le tapaba desde la entepierna hasta los sobacos y le servía de almacén, como los bolsillos de los pantalones de mandil de los yeseros; todo lo que iba comprando lo metía entre la faja, los tomates, los pepinos, los pimientos... y no hay que decir que el turrón y las almendras de la feria y los confites de las bodas. Eso permitía a los hombres ir desembarazados y con la chaqueta abierta siempre, aunque hiciera mucho frío, sin notarlo.

El esquila se efectuaba en el HERRAERO QUINTANAR que era donde pasaba la "muletá" y tenía su albergue, incluso para el destete de las muletos. Era un día de trabajo y de expansión, esperado con alegría por los que gozaban de la amistad de los pastores que los convidaban y solían ser los que preparaban la menestra mientras los pastores hacían su labor, que era lo primero y no se comía hasta que no se terminaba. Lorenzo llevaba siempre a sus amigos Francisco Angora, Gonzalo Vela, Cristo el de los Peces -Jesús Molina-, que preparaban lo que cocinaría después el Jaro "Traje".

El plato típico que no faltaba nunca en estas comilonas pastoriles era la olla de canto encima que se hacía con los huesos, no muy raídos de carne, de las reses lanares sacrificadas, que se ponían en el caldero a cocer con agua y sal y para que no se salieran del caldo al hervir, se les ponía una piedra encima. Si el caldero no estaba muy lleno, que siempre lo estaba, y no se salían los huesos, no se les ponía el canto. Se le quitaba la espuma bien, para que no tuviera tanta grasa y una vez espumada se le echaba unas hojas de tomate seco, una pimientilla, aceite crudo y ajo machacado y se le daba un hervor. Se partían las sopas de pan moreno en una lebrilla y se vaciaba el caldo para comerlo con cuchara una vez empapado, como era corriente en el pueblo hacerlo con el caldo del cocido. Y la gente se chupaba los dedos. La carne se preparaba frita con ajos, cocida con vino o una poca de cada manera.

Al final se hacían sopas de leche y todo se remojaba bien con vino seco o zurra que no se acababa en todo el día. Se desengrasaba tirando la reja, saltando a caballo o con otros ejercicios de agilidad pastoril en los que sobresalía Lorenzo siempre.

(1) Mariano Montalvo Cortés, a pesar de su juventud y del cambio de costumbres, todavía ha tenido el privilegio de merecer este nombre popular que se aplicó a Paco hasta su muerte y a los dos por el acierto y el buen gusto que tuvo Don Leopoldo de poner por detrás de las puertas de su farmacia la palabra BOTICA, en letras grandes para que se leyera desde largo cuando estaba cerrada. El pueblo lo recuerda indeliberadamente y lo aplica, singularizándola y distinguiéndola de las demás, como si fuera única y no sería ningún disparate ni falta de alcazareñismo ni de amor filial, que el dueño actual, tan perspicaz, acatará la opinión pública poniéndole a su oficina BOTICA o todavía mejor LA BOTICA, —Botica de Don Leopoldo, le pondría yo, a secas—, ya que lo es por antonomasia en la apreciación general y no todo el mundo tiene la suerte de que la voz del pueblo, que es la voz de Dios, lo distinga con una denominación especial. Verdad es que tampoco el pueblo se ve respetado y acatado siempre en sus decisiones, pero esta podía ser una feliz coincidencia y la perpetuación de un rasgo de casticismo alcazareño

El pan lo hacían en casa del mayoral y lo llevaban a la vega en unos envases llamados "Cedras", como alforjas hechas de pellejos. Echaban 7 u 8 panes a cada lado y las cruzaban como aguaderas sobre la bestia en que cabalgaba el muletero. En estas comilonas solía recordar Lorenzo uno de sus dichos habituales: "almorzar con carniceros, comer con curas y cenar con arrieros".

Como dejó pronto la garrota del pastor por la vara del tratante, para recorrer mundo, de camino en camino, comprando muleros y vendiendo mulas, debió tener muchas cosas que contar pero que nadie recuerda o tal vez el secreto profesional impidió su divulgación, porque entre los muleteros tampoco se descuidó la enseñanza desde que llegaban de chicotes a la vega. El primer día les metían el andarandillo hasta el tuétano y luego les daban unos cuantos repasos y los dejaban curtidos a toda prueba como ya se hizo público al hablar de Camilo el Porrero.

La eficacia del método muleteril la demostró aquel chico que mandó el mayoral a informar a Treviño de que el chotillo de la cabra Blasa se había caído al pozo y se había ahogado.

El amo, demostrándole su extrañeza y su duda, le dijo que repitiera lo que él fuera diciendo y empezó:

—La cabra Blasa.

Y el chico repite:

—La cabra Blasa.

—Parió un chotillo.

—Parió un chotillo.

—Zorrinegrillo.

—Zorrinegrillo.

—Lo matamos y nos lo comimos.

¡No señor, que se cayó al pozo!

—No, mira, empieza otra vez.

Y repitieron lo anterior varias veces, pero el chico, al llegar a la muerte del chotillo no hubo forma de que reconociera que se lo habían comido, siendo tan firme su posición al sostener que se había caído al pozo, que el amo lo tuvo que dejar por imposible después de larga porfía.

Un dicho que repetía a los nietos era el de: "venera a los ancianos y



Lorenzo Monda, el mayoral del Conde Lorenzo Cortés Marín, fotografiado en el patio de los señores, como indica la yedra, las losas grandes del piso que son las mismas que aparecieron en el retrato de Frasco y Emilio el Pámpano y, sobre todo, la silla de tijera en que está sentado, que no era de uso pastoril.

Debió ser un día señalado porque está empurado, con el camisón estirado, no arrugado del trabajo, botas de paño con punteras de material, traje como de los domingos y gorra bien encasquetada a la manera que lo suelen hacer los calvos.

Lorenzo está bien aposentado. Hombre corpulento pero magro, bien desarrollado, de facciones proporcionadas y ojos hechos a entornarse para mirar al sol. Tiene la prestancia de su cargo de mayoral y de la casa donde está, pues al que sirve una casa grande se le pega la grandeza y sus usanzas -no con quien naces sino con quien paces- y le hacen parecer señor, como le pasa aquí a Lorenzo, que por algo tuvo el señorío de su clase.

practicar sus consejos, no olvidéis que a los muchachos el tiempo los hace viejos". Y otro, "Con aquel que no trabaja no juegues a la baraja". "Reuniones las de

Uno de los muleteros antiguos que vive es Antoñete - Antonio Muñoz Mendoza-, hijo de Juan de Mata "Nenes" nieto de Antonio "Nenes" el capador, porque lo era de todos los animales que tenían los Condes. Y para que no faltara nada Antoñete se casó con la Petronila de Cristóbal Piñón.

Había nacido el año 86, un año después del último cólera de Alcázar. A los once años entró en la "muletá" de don Juan Baíllo, aquel mozo viejo, campesino, cuya muerte sonó tanto por lo inmenso de su fortuna como su vida por la magnitud de su mezquindad.

Antoñete, fue al Silo de las Doblillas, finca enclavada entre Villarta y Arenas y desde el primer momento al grupo de los yegüeros, que eran cuatro y no tenían más que un chozo para guarecerse. Entró ganando 30 reales al mes, 12 fanegas de candeal al año y la comida, que era de una gran monotonía: pan y cebolla, pan y ajos, migas, gachas o ajo de patatas y agua a discreción.

La vida era sana y sosegada pero Antonio medró poco y pudo librarse del servicio por corto de talla, con tan buena salud que todavía le sobra, pues su esca-sa alzada es por factores constitucionales, bien percibidos por la gente que empezó a llamarle Antoñete desde chiquitín y se lo seguirá llamando hasta que se muera de viejo, pues ya cuenta 78 abri-les, porque nació en Mayo, el día 10. A los cinco años de oficio lo hicieron zagal y le subieron 10 reales, ganando 40 al mes y a los 27 años le subieron a 100 reales mensuales.

Las obligaciones eran similares en todas las categorías, con las variaciones propias de la edad y el conocimiento; estar al cargo de unas ochenta y tantas yeguas de vientre y la mitad aproximada de muletos, conduciéndolos en la forma

tu casa y fiestas las de tu pueblo". "El que no come tortas ni mata puercos, estará entre los vivos pero está muerto".

más adecuada para su reproducción y crianza, en la cual encontraron su fundamento los conocimientos empíricos de los pastores, tantas veces extendidos a la especie humana y en ocasiones con resonancia y acatamiento general, dicho sea con el debido respeto al "homo sapiens", pero el pastor no solamente curandeaba con honor sino que trasladaba a la Villa y a su propia vida las observaciones que hacía en los animales y las propagaba entre las personas de su confianza con aire de suficiencia que le daba preponderancia ante los demás y que era uno de los fundamentos del rumbo pastoril y de su atracción entre el mocerío.

Todo el ganado que manejaban era cerril, salvo el que utilizaban en su propio servicio que era domado por ellos. Al cerril le imponían desde el destete ciertos hábitos que permitieran manejarlo, como el de amanearlo diariamente y tenerles un ramal al pescuezo para sujetarlos, pues en la época del celo y en la paridera se exalta su ferocidad peligrosamente, cosa que en un hato de animales dedicados a la crianza es primordial y no debe sorprender que se agudice en ello la intuición de sus cuidadores y distingan los más mínimos detalles de los instintos de los animales.

La yegua parida es cubierta a los nueve días y por lo general se queda, dice el "périto"

y si no, cada 20 días si "sale" se la cubre, haciéndolo dos veces en el mismo día con dos horas de intervalo y la que no se queda en la Primavera sigue vacía todo el año. Pero aun en la preñez sigue su crianza que dura ocho o nueve meses, hasta los Santos que extreman y se llevan a los muleros al destete manteniéndolos a pienso hasta la Primavera que se les pone el hierro y los sueltan a mordisquear la hierba tierna, pasando de la cualidad de lecheras o muleros a la de quincenas hasta los dos años y treintenas hasta los tres que ya las venden para domarlas, después de hacer la muda de las palas de leche por las permanentes.

Nuestro ganado era más áspero, difícil de acarear y apaciguar, coceaba menos que otros pero manoteaba y mordía y en los partos era temible. En nuestras muleras era costumbre marcarlas en el hocico y no detrás del ijar como por ahí. Al mismo tiempo que la marca se les ponía el nombre, por lo general como el de la madre, salvo el caso de que tuvieran algún detalle que las distinguiera mucho: Molinera, Resaltá, Vanidosa, Navarra, Coronela, Valerosa, Millonaria, Vigilanta, etc. son nombres corrientes en manadas de mulas.

En el caso de Antoñete las yeguas se echaban en el HERRAERO de los Bueyes y los



Antoñete, como buen pastor, no se mata pero no para y aquí le vemos al pie de la higuera de su patio, sentado en un serijo, bien cubierta la sesera con la boina sobre el gorro haciendo pleita, muy atento a los catorce ramales, siete para cada mano, que forman el entramado, uno de los cuales siempre va andando y es el que hace la pleita.

El serijo también es de su fabricación, pues los hace admirables. La pleita del serijo, llamada clineja, la hace de enea, con cinco ramales y se forma una especie de esterica, según se quiera de gorda, que se enrolla sobre sí misma formando un rulo que se cose fuerte para que no se desbarate. En la cara de sentarse se le pone una pellica para que resulte más suave. Nadie se atrevía antes a cobrar nada por un serijo que podría importar una perra gorda, pero ahora se venden a 200 pesetas y en los escaparates de Madrid, que hacen ostentación de lo rústico, Dios sepa a como valgan.

muletos destetados los llevaban al Mesón del Espejo.

El muletero diestro conoce en muchos detalles las yeguas que "mueven" pero para asegurarse pasean al anochecer por entre la piara un caballo llamado "recela" y las que lo buscan o lo aceptan las llevan a la parada al otro día. Si la yegua no ha "salido" no acepta al semental e incluso lo cocea, aunque en previsión de que pueda dañarlo también si sale brusco se la traba de pata a mano y se la tiene del diestro.

Los animales utilizados en el híbrido mular no aceptan la promiscuación a que se les somete más que en plena ceguada y al garañón hay que prepararlo mucho e incluso enseñarle una borrica para que cubra a la yegua después arrebatadamente y lo mismo al caballo con la pollina.

Siempre hay entre los pastores alguno que se da especial arte en la preparación de estos encuentros y al cual se le llama mamporrero. El caballo recela se le echa a las borricas, obteniéndose la mula recortada llamada borriquera.

La preñez de la yegua dura un año, tiempo durante el cual está tranquila y pacífica, hasta el momento de parir que cocea, manotea y muerde peligrosamente, necesitándose mucha habilidad para separarla de la cría cortándole el cordón, si no se corta espontáneamente o lo corta la madre con los dientes.

El ganado en conjunto es fácil de manejar. Su espíritu rebañego le hace ir dócilmente detrás del guía que lleva el cencerro y de ello se han aprovechado más de una vez en los robos de las muletadas. Estando el guía amaneado y con cencerro mantiene la cohesión entre las mulas o muletos y no se mueven de su sitio.

Nuestras vegas, salitrosas, criaron buen ganado pero áspero, sin que su bondad se apartara, por lo general, de lo común, como pasa con el vino que, aún el excelente, se considera por los mismos criadores como común y corriente.

Nuestros mayores, como nuestros caporales, alcanzaron nombradía en lo suyo y gran personalidad, pero lo de cambiar de rumbo las explotaciones no dependía de ellos ni tal vez de nadie sino de unas circunstancias generales difíciles de modificar, como se vió en los plausibles intentos renovadores de don Enrique Bosch, cuya preocupación por mejorar todos los elementos de producción quedó bien patente en Alcázar.

Los que viven de los que estuvieron a su alrededor lo confirman con entusiasmo, maravillados de lo mucho que se adelantó don Enrique a lo que se hace ahora, como por ejemplo el hijo del "Manchao" -Santiago Moreno Muñoz- aparte de lo que pudimos ver



Grupo de yeguas de D. Enrique Bosch, que obtuvo el segundo premio en la exposición de ganados del año 1922. Lo forman la "Hechicera", la "Cordobesa" y la "Dulzaina", presentadas por el "Manchao" que está a la derecha.

todos los que vivíamos entonces. Don Enrique abandonaba todos los caminos trillados, que son precisamente por los que van a gusto las reatas, porque el hacer camino nuevo supone muchos más tropiezos y fatigas. Lo más seguro y práctico de momento es siempre lo conocido, porque el crear, el iniciar o modificar lo rutinario es muy difícil, costoso y aún expuesto, sobre todo a que se dude de la sensatez y aún del equilibrio mental del reformador y menester es buen temple para no acabar claudicando y dando la razón a los elementos que invariablemente se concitan contra él. Y aún no dándose por vencido, el criterio gregario prevalece muchas veces anulando el buen resultado concebido, ya que no pueda hacerlo de la persona.

Y eso le pasó a D. Enrique en Alcázar, aunque no en Alcaraz ni en Aranjuez, como agricultor, como avicultor y como ganadero, cuando nadie se atrevía a introducir innovaciones en los procedimientos más arcaicos. Y en esto de la vega, la yeguada de D. Enrique criaba en el Ojuelo caballos preferentemente y caballos de casta y de brillo, es decir de lujo, lo más difícil y lo más costoso, si bien lo de más rendimiento y más prestigio al cabo. Los destetaban en la Casa del Preso y la remonta se efectuaba allí mismo en el chozo de Santa Elena. D. Enrique echaba los potros de destete a comerse los centenos para que se criaran con brío desde pequeños y les daba alfalfa.

Claro que esos caballos no iba nadie a comprarlos a la vega, que es lo más cómodo, había que prepararlos y presentarlos en el buen mercado, entre los briosos corceles de tiro o de monta, con buena



He aquí al mayoral Antonio Moreno Manzanero, el "Manchao" teniendo del ronzal al garañón de que se habla en el texto y al ayudador Utrilla, todos en la exposición de la Casa de Campo.

doma y mejor crianza. Y cualquiera recordará ver por Alcázar a los domadores y sus grandes trenes alegrando las calles de la Plaza y los llanos del "Praíllo" y de la era Alta por las mañanas y por las tardes.

D. Enrique adquiría los sementales en las mejores cuadras de Jerez, de Garvey, de Bohorquez, de Guerrero, sin reparar en sacrificios, porque una vez le compró a esta última casa un semental italiano que tenía, al que decían "Irlandés", dándole 10.500 ptas. de las de entonces, de cuya magnífica operación se halló bien pesoso el vendedor, porque D. Enrique le arrebató los mejores premios en todas las exposiciones con los ejemplares obtenidos de aquel soberbio alazán, aparte de vender en Madrid los troncos más vistosos de la época.

El criar ganado selecto no le impedía atender a lo vulgar pero con buena clase, como se ve en este garañón llamado el Patriarca de siete dedos y medio que

presentan los muleteros y que fue comprado en la provincia de Zamora de burche con dos años en seis mil reales nada menos, ejemplar que sobresalía de todos y que manejaba el "Marinero" -Vicente Utrilla- que es el de la blusa, que está a su lado, retratado en la Exposición de la Casa de Campo el año 1922 y que era un excelente mamporrero en la "muletá" de D. Enrique, que ofrecía por lo común menos dificultades porque los sementales cubrían a las hembras en su misma clase y no era tan frecuente el tener que armarlos antes de sacarlos a remontar.

El que tiene el garañón del ramal es el "Manchao" -Antonio Moreno Manzaneiro-, mayoral de la casa, ramal resistente como se aprecia, y que como las maneas eran hechos por los mismos muleteros con las cerdas recortadas de crines y colas obtenidas en los esquilos de la "muletá".

Aparte de las personas a quienes se alude en él, este trabajo ha sido revisado amablemente por D. Ramón Alcázar como técnico y por D. Jesús Valencia como práctico. De ellos y de los anteriores es el mérito que pueda tener.

En relación con la esterilidad y la fecundidad mular, el Sr. Valencia ha conocido alguna mula fecunda que llegó a parir aunque la cría tuvo corta vida.

De estos híbridos parece que el que es absolutamente estéril es el macho, pero de las hembras hay un tanto por ciento considerable que "salen" con las lunas, mascan y se dejan cubrir, dándose el caso de que las falsas cuando están con la luna se amansan y se dejan tocar por todo. Y al contrario, algunas mansas se soliviantan con más facilidad.

Es posible que la infecundidad de la mula sea más admitida porque se procura no echarla, pero en el caso de ser cubierta fortuitamente no es raro que se quede y que llegue a buen término el producto de la concepción.

Deducciones tardías

Con motivo de lo sucedido al Majo y a Corredera al llevar las Pascuas de su amo se ha sabido que en casa de D. Magdaleno, no solo daban las mil gracias, preguntaban por toda la familia, daban recuerdos y dos pesetas al que hacía el recado. Merece consignarse este detalle para que se vea que no era tan fiero el león como lo pintaban, ni tan "agarrado" cuando venía a pelo.

Por cierto que una relación de muy interesante conocimiento sería la de D. Magdaleno con Barreriro que tenía sus ocurrencias.

Un día que iba el chico de Baldomero Vizcón, aquel encargado que tuvo D. Oliverio, por la carretera de Criptana, se lo encontró por La Cañamona con el coche parado.

—¿Desea usted algo? le preguntó.

—Nada. Ya he mandado a por Notal.

—¿Que le ha pasado?

—Que ha dado el coche unos "buffios" y se ha parado.

El depósito de la gasolina estaba completamente seco.

La fortuna, al fin femenina, que jamás ha negado sus favores a quien persevera en su propósito, me ha traído algunos números del periódico LA PARODIA, varias veces citado en estas páginas y que por el año 1905 hacía, manuscrito, en el Puerto Lápiche, el médico D. José Antonio Alarcón y López Casero, llamándole "órgano instructivo y noticiero del Puerto Lápiche".

La parte hallada empieza en el número dos del segundo año de publicación, es decir falta el primer impulso, la juventud de esta publicación, quizá lo de más interés y donde acaso estuviera la justificación de su nombre, porque lo que se lee no tiene nada de burlesco ni imitativo que son los dos caracteres esenciales de la parodia

Está hecho en forma de cuadernos en cuarto mayor, caligrafiado y acotado con gusto y gran paciencia y en muchas páginas con la rúbrica marginal de su autor, a lo notario, que es un enlace muy vistoso de sus iniciales.

D. José Antonio hace en estas páginas abundante labor divulgadora de conocimientos generales con arreglo a la ciencia de su época y comenta la actualidad que le circunda, que es siempre lo palpitante.

En "La Parodia", aunque breve, no falta de nada y bastaría copiar los títulos para que el lector tuviera una idea clara del alcance de la publicación, pero la verdadera vida de esas hojas volanderas está en los sueltos que se arrin-

conan como de poco fuste e incluso en los anuncios, reveladores de un ambiente, de una época y de unas gentes genuinas

D. José Antonio tomó muy en serio adoctrinar a sus convecinos y por el modo de hacerlo se puede conocer como eran éstos y cual su necesidad.

Para lograrlo repasó obras de fondo y otras que no lo eran tanto como el almanaque célebre de Bailly y Bailliere y escribe sobre el agua, el Sol y la Luna, las plantas, las bodegas, las frutas, la Etica, la Educación, la Higiene y cuestiones similares, siempre en tono de gran discreción.

Nada de eso nos pone en camino de conocerle a él ni de conocer el medio en que vive y nos quedamos con el hecho escueto de que en un pueblo de 300 habitantes, que en su gran mayoría no sabrían leer, se reparte un periódico escrito a mano en una época que apenas si había periódicos, circulando solo en las grandes ciudades y no mucho.

Anhelado hallazgo

El médico en esos sitios estaba desocupado y lo sigue estando e invariablemente llega a tener derivaciones extraprofesionales; o se hace agricultor o se da a la caza o se esteriliza en tertulias ociosas. Si alguien no se desliza por esa pendiente casi inevitable es porque tiene alguna condición que lo ennoblece y ese es el caso de Alarcón médico del Puerto en un tiempo que cabalga entre los dos siglos, el 19 y el 20.

Pero veamos lo que puede percibirse a través de LA PARODIA.

"Pretensiones médicas del vulgo ignorante, sus inconvenientes y resultados".

En este trabajo arremete contra el uso indebido de los purgantes con energía y sensatez porque lo hicieron "sin el previo conocimiento facultativo".

De aquella época y después recuerdo otros médicos que al llegar a las casas preguntaban si se había purgado al en-

fermo y regañaban si no se había hecho antes de llamarlos.

Pero el flaco y tal vez la razón principal de la publicación fueron los motivos quijotescos del Puerto, esta pintoresca angostura del terreno que los caminantes fueron acomodando a su necesidad desde los tiempos primeros con refugios, amparos o aposentos y que culminó con lo que acaeció en la venta de su época al más insigne de los caballeros andantes, Alonso Quijano, el Bueno.

D. José Antonio puso un gran empeño en perpetuar los recuerdos y el lugar, aunque no lo consiguiera del todo, que eso es lo de menos. Lo demás en toda hazaña quijotesca es el brío y el ánimo intrépido puestos para conseguirlo, y Alarcón no los escatimó al proclamar las glorias literarias portuenses y concertar voluntades que las reconocieran, pues un cronista madrileño llegó a decir que los restos de los paredones del pajar de la venta debían estar encerrados en una verja de oro y todos hicieron porque se declararan monumento nacional.

En el número diez se encuentra ya algo de lo que se ha supuesto.

Como recuerdo del pasado y referido al año 1895 relata D. José una cacería de liebres en el monte de Camuñas: "nunca en el pasado de mi vida, dice, acudió a mi mente esta idea aniquiladora, pero estimulado ahora por ardientes conversaciones de amigos, acérrimos partidarios de la caza con galgos, no pudo sustraerse mi curiosidad a llevar a cabo la experiencia". Y allá fueron muy de mañana, con el comentado autor, el cura D. Benjamín D. Balmaseda, el secretario D. Antonio Rodríguez, el barbero José García Calvillo, el zapatero Fernando García Testón y el propietario Gregorio Mascaraque, con los galgos "Quilez" de este último, la "Culebra" del Realista, la "Sastra" de Pacheco, el de Antonino, la de Baldomero y la del Chato.

Punto de parada la casa de los Tapias en el Almadén.

Centro de operaciones la casa del guar-

da en el monte de Camuñas, de Mendaño.

Fue un día de fatigas sin cazar más que la res que les dieron los pastores.

Pero ¡claro! no se iban a resignar con el fracaso y a los pocos días repitieron la excursión por otro sitio. El activo Gregorio preparó la jauría, el cura acudió a la hora en punto equipado y arreglado en el caballo Peral considerándose el hombre más dichoso de la tierra, y el barbero y el médico para que decir. Se hicieron acompañar de "Chanchullo" (Vicente Calcerrada Crespo) buen conocedor de querencias y muy astuto guarda que ordenó la batida a menos de un cuarto de legua de camino y aunque con mucho andar lograron echar tres liebres, dos que cogió el cura, por su mejor cabalgadura, después de muertas por el galgo "Quilez" y una que mató Calvillo encamada también descubierta por D. Benjamín.

La entrada al pueblo la hicieron por la calle Prim mostrando sus trofeos de gloria con esa alegría que comprenderán todos los lectores de estos pueblos.

Y como era de suponer se efectuó la tercera cacería, esta vez acompañados de los labo- reños "Matus", Pantalón y el Moro. Estuvieron andando hasta la hora de comer sin ver nada, pero por la tarde echaron dos y las corrieron tan agitadamente que el cura perdió el sombrero.

Parece que van a acabar por echar a perder a D. José pero aquí surge otra vez el tema cervantino. El cronista don

Augusto Gadea de Santiago se dirige al ministro de Instrucción Sr. La Cierva para que en el programa de festejos del centenario se incluya la conservación de las ruinas de la venta del Puerto y D. José Antonio publica unas notas de tales ventas diciendo que no pueden ser otras que las llamadas de San Juan o del Quijote desde



tiempo inmemorial, que solo se tienen noticias de que "en aquellos tiempos" existieran dos ventas o mesones con la designación común de ventas del Puerto Lápiche, nombre tomado de este lugar donde estaban implantadas y que es conocido desde la más remota antigüedad por ser el paso que pone en comunicación la provincia de Toledo con la de Ciudad Real y en realidad todo el norte con el sur de la península.

Las sierras que forman la angustura las llaman los naturales sierra Morena y la sierracilla o del Molino, estribaciones últimas de los montes de Toledo que no dejan otro paso de norte a sur en toda su extensión, de ahí su importancia en todos los tiempos.

Dejando las alusiones a la antigüedad remota cuyos hechos están por puntualizar, D. José nos dice que el año 1806 compró el edificio "el vecino de esta aldea José Calcerrada Buitrago" y estaba bien acondicionada, conservando sus habitaciones espaciosas, cuadras, patio, cueva y un buen corral con su pozo.

Este retrato de D. José Antonio Alarcón y López Casero es bastante anterior a la época en que lo visitó AZORIN, porque al llegar a su casa salió a recibirlo y al descubrirse enseñó una calva rosada y reluciente que no se ve todavía en este retrato. Entonces era corriente que el hombre estuviera cubierto en su casa, bien con las prendas de vestir o con otras más cómodas y caseras: boinas, bonetes o gorras y gorros con pañuelo los labriegos. Y hasta los catedráticos cambiaban el sombrero de copa por el birrete el tiempo que estaban dando la lección, pero nadie estaba a pelo, por eso D. José Antonio tuvo que descubrirse estando en su casa y al hacerlo enseñó la calva que aquí no tiene.

El bigote tampoco es aquí gris, pero sin guías y romo se ve que lo tenía desde el principio y los ojos anchos, expresivos, como dice el maestro, pero no alegres sino lo contrario.

La cara es de hombre bueno, acaso muy bueno, pero no jovial, rasgos de carácter muy comunes en la clase médica, impuestos en gran parte por la profesión que tiene de por vida a quien la ejerce sujeto a las duras pero no a las maduras, razón inconfesada pero cierta de que el médico a lo D. José Antonio tienda a cambiar el medio que le rodea por lo mucho que le hace sufrir.

D. José Antonio murió en el Puerto el 17 de Marzo de 1910 a los 48 años de edad. Debió ir a ejercer allí, por lo que habla en el periódico, después del cólera del 85, cerca del año 90 más bien y a poco de casarse. La fotografía ésta huele mucho a boda, si no del día, muy reciente. Entonces no se estilaba que los novios se retrataran juntos y hay que pensar que su prima hermana D.^a Heriberta Alarcón Quirós, natural de Socuéllamos, era ya su esposa y seguramente estaban en el Puerto pues los intentos de ejercicio en Criptana y en Socuéllamos, si es que los hubo, debieron ser breves.

D. José Antonio fue hombre alto, grueso y cachazudo, y murió de una fistula de ano, se entiende de las complicaciones infecciosas de esta dolencia que no se podían combatir eficazmente entonces.

En la guerra de la independencia, dos años después, como se deduce, fue incendiada por los franceses no quedando más que los cimientos, salvo el pajar que

estaba en el corral y ésta fue la parte de la construcción que se fue reparando por los sucesivos dueños hasta la época del escrito en que era de la propiedad de unos banqueros de Valladolid llamados Jover y Compañía y solo les quedaba a los paredones el valor simbólico de la evocación cervantina que no era ni es poco.

A continuación de esta referencia y como casual contraste sanchopancesco, don José coloca una explicación de como debe hacerse el cocido y después el estado sanitario de la localidad durante la semana pasada en la que habían predominado los estados catarrales, lumbagos y fluxiones dentarias. A continuación nos habla de policía sanitaria que deja poco que desear por tener un piso constantemente seco y limpio.

El pueblo es sano, sin epidemias y las enfermedades más frecuentes las debidas a cambios bruscos de temperatura y a las transgresiones del régimen alimenticio.

D. José es un hombre preocupado de sus obligaciones

Le llama la atención la frecuencia del reumatismo en una localidad tan seca y en condiciones desfavorables para esa enfermedad y como la mayoría de las veces lo sufren las mujeres lo achaca a que lavan en los arroyos permaneciendo todo el día expuestas a la humedad sin tomar precauciones para librarse de sus efectos.

El escrofulismo, dice, hace su presentación aquí "en más casos de los que corresponde a la tonificadora atmósfera que aquí se respira" y se explica la existencia de la enfermedad por la abundancia de matrimonios consanguíneos.

Me conmueve irremisiblemente leer los escritos de este médico que no ha tenido ningún seguidor ni imitador en la comarca y aún a sabiendas de la sonrisa de los inexpertos no puedo dejar de apuntar algunos detalles que se podrían extender a todos los pueblos de la región sin ningún cambio.

Además del estado sanitario de la al-

dea, D. José Antonio les da a sus convecinos los consejos higiénicos más convenientes en el momento de publicarse el periódico; en el número 15 que salió en Marzo, dice que los que padecen del pecho deben tomar muchas precauciones "preservándose con esmero de las vicisitudes atmosféricas, más notables en este mes que en el anterior. Las erupciones cutáneas son también muy frecuentes en este mes, pero cuando son benignas bastan para su curación la dieta y los atemperantes, no siendo preciso acudir a las evacuaciones sanguíneas sino en las personas que tengan este temperamento, que sean jóvenes y que hayan hecho uso de una alimentación muy suculenta. No es conveniente acostumbrarse a sangrías y purgas de precaución en la primavera, pero una vez contraída esta costumbre es preciso respetarla. Sin embargo, si los inconvenientes que resultan aparecieran muy graves, podrá intentarse su abolición procediendo muy poco a poco por una graduación hábilmente calculada. Entre las erupciones cutáneas que suelen aparecer en este mes merece el sarampión atención especial. La dieta, los atemperantes y sobre todo el abrigo constante, son los medios que conviene emplear". ¡Que aleccionadora meditación la que nos ofrece esta lectura!

D. José sigue hablándoles a sus convecinos de las uñas y les recuerda el consejo que recibió Sancho de su señor antes de que fuese a gobernar la Insula: "en lo que toca a como has de gobernar tu persona y

casa, lo primero que te encargo es que seas limpio, que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer, como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero, puerco y extraordinario abuso", y continua dándoles consejos a los cazadores, fundado sin duda en su reciente y ya innegable experiencia, y que deben observarse antes de salir de excursión.

"Al levantarse de la cama es conveniente lavarse la cara con agua templada que contenga unas gotas de agua de colonia, lo que agradecerá mucho la vista. La comida en el campo debe tomarse caliente siempre que se pueda. Al dejar de cazar debe el cazador abrigarse para que el cuerpo vaya poco a poco enfriándose y no bruscamente. Por la noche al llegar a su domicilio debe darse en las articulaciones de los brazos, piernas y pies, al meterse en la cama, unas fricciones con aguardiente alcanforado o árnica y al siguiente día, al salir a la calle, debe abrigarse más que de ordinario. No debe abusar de beber agua mientras se está cazando y al beberla ha de mezclarse con un poco de coñac, vino o tomar antes un "refrigerio" para que el estómago lo reciba mejor. En verano se debe evitar el sentarse sobre piedras recalentadas por los rayos solares, pues producen almorranas, cosa muy molesta y dolorosa. Las uñas del cazador deben estar cortadas

al rape del dedo, pues producen fuertes dolores cuando se parten o doblan hacia afuera al querer agarrarse a una peña para trepar".

D. José Antonio era observador y muy cuidadoso como se ve.

El médico, escribe su estado sanitario e Isabelo criado de la Traspense -posada de la Juana María- con el título de astrónomo de la Traspense, se subía a la "tiná" y desde ella pronosticaba el tiempo, que da para estos primeros quince días, rocíos y nublados con aparato de lluvia, que serán abundantes si viene el aire villarrubiero; después mal tiempo con escarchas y nevadas, mejorando en los últimos días la temperatura.

Se repiten las cacerías y D. José confiesa en el número 16 que ya la afición le domina a la cuarta gira. De ella forman parte, además de los consabidos, dice el narrador, Mamerto Infantes, de la Fuerte y Pedro Layos, el Realista y se van al Silo de Cabrera, Boligas y Bachillera. Van cabalgando el cura, el médico y Mamerto; los demás a pie. Dieron varias manos en sierra Morena inútilmente y se bajaron al llano donde después de mucho andar cazaron una y echaron otra que se les escapó por su destreza y dió lugar a diversas peripecias. El cura en su desenfrenada carrera chocó con un árbol de la casa de la Manca, cayó al suelo y se rompió el reloj y el chaleco. El médico se cayó del caballo por querer salir cortando a la liebre que se ocultó en las zorreras. Mascaraque se torció un pie por la misma razón y a Calvillo le falló el tiro que fue lo peor que le pudo pasar. Total una partida accidentada, pero sin impedir la cena de la liebre cazada con los debidos comentarios y la cura de las lesiones sufridas. El estado sanitario de esa semana ofreció la novedad de algunas conjuntivitis y dos casos de úlcera corneal, pero de naturaleza escrufulosa, dice. Hubo un caso de varicela.

En el número 17 informa D. José de que el escritor Sr. Martínez Ruiz que con

el seudónimo de AZORIN está publicando en EL IMPARCIAL una serie de artículos inspirados en los sitios y lugares que recorrió el Ingenioso Hidalgo, había visitado la aldea para conocer las ruinas de la venta y se le había atendido como merecía, facilitándole toda clase de datos. Azorín iba recomendado por el director de EL PAIS DEL QUIJOTE, D. Francisco Escribano, amigo del médico.

En este número se comenta el final del carnaval, se despide al maestro que se va hacia Cuenca, se le escribe una carta a Dulcinea y se informa en el estado sanitario de una defunción ocasionada por deterioro orgánico senil. Isabelo pronostica el mismo tiempo de la vez anterior.

En el número 18 es donde se inserta el artículo que publicó Azorín en EL IMPARCIAL después de estar en el Puerto y que figura en su libro "La ruta del Quijote", conocido de todos.

En el número 19 se publican los acuerdos de la Comisión del centenario del Quijote. El quinto de ellos dice que los Sres. Acosta, Martínez y el representante de Alcázar D. Ezequiel Ortega se encarguen de proponer la inscripción que ha de ponerse en la lápida de la iglesia de Alcázar de San Juan.

En los consejos que D. José Antonio da a sus vecinos en este mes de Abril les dice que en esta época no suelen tomar las enfermedades un carácter maligno. Las que se presentan ordinariamente son fluxiones de los ojos, irritación de la boca, ronqueras, anginas, cólicos y sarampión. Las tercianas se presentan en gran número, pero ya es sabido que las de primavera son más benignas y duran menos que las de otoño. Para evitar la fácil repetición de las tercianas es preciso no descuidarse en el abrigo, precaverse del aire frío y húmedo de la madrugada y de la noche, guardar un buen régimen privándose de verduras y leches y no dejar el uso de la quina o sus preparados hasta un mes o mes y medio de haberlas tenido. Los cólicos que se presentan en

este mes son producidos muchas veces por los guisantes.

Aquí encontramos descritas las virtudes medicinales de la manzanilla romana que califica de carminativa, aperitiva, resolutive, estimulante y estomáquica.

No ofrece variaciones el estado sanitario. Se va el médico Callado, de Madrideojos a restablecerse al Puerto y se muere el médico de Arenas Ramón Arones. D. José nos describe una cacería con el pajarero calificándola de histórica. Buen pronóstico del tiempo y aparecen por primera vez los anuncios manuscritos de dos menestrales de la calle Prim; Nemesio, hojalatero y vidriero y Tomás Mayorga, de coloniales con excelente pan de higos.

En el número 20 se publica la noticia de que la comisión del centenario había propuesto la adquisición por el Estado de las ruinas de la Venta. Se reproducen las partidas de Nacimiento de Cervantes de Alcázar y Alcalá.

El número 21 lleva, como todos, cosas de fondo, útiles y curiosidades del momento. Noticias de codornices, de cacerías y otros entretenimientos y se aumentan los anuncios, entre ellos el de José García Calvillo que dice: "Se corta el pelo con máquina y sin ella, a merced del cliente. Extracción de muelas y raigones. Precio de cada operación una peseta a los igualados de barba".

El número 22 da cuenta de la estancia en el Puerto de los redactores de BLANCO Y NEGRO, Sres. Asenjo y Muro a los que asesoraron y festejaron con el médico el alcalde

Emilio Rosado Yepes, el secretario Antonio Rodríguez, Enrique González y Nieves Pavón. La comida se hizo en la renombrada cocina de Higinio Mascaraque y los viajeros salieron para Criptana después de ingerirla.

Por aquellos días estuvo el Gobernador en Alcázar a saludar al Rey a su paso para Valencia y se hospedó en casa de D. Miguel Henríquez de Luna recibiendo allí numerosas comisiones del partido judicial y se aprovechó para llevarlo a ver la partida de nacimiento de Cervantes.

Llovió después de muchas rogativas y el estado sanitario no tuvo alteraciones si bien el médico registra una defunción por gastritis ulcerosa.

El número 23, muy lírico, nos informa del buen estado sanitario con dos casos de infección gripal, uno en un sujeto de treinta años y otro en una mujer de edad ya avanzada, *más de 50 años*. Ese era el concepto que se tenía de la vida.

En el número 24 se habla de las aportaciones del Puerto al centenario, del viaje del Rey a Ciudad Real y curiosidades de las que no faltan en todos los números y sirven a las personas que no manejan libros.

El número 25 Mayo-Junio de 1905 es el del homenaje a Cervantes en el tercer centenario del Quijote. Crescencio Rosado echa el resto en un dibujo a pluma que ocupa la portada de cartulina blanca; una fuerte columna sostiene el busto del glorioso manco, D. Quijote cubierto de yelmo blande su espada y el escudero medita



He aquí los paredones del pajar de la Venta del Puerto Lá-piche donde se armó Caballero el Ingenioso Hidalgo, según estaban el año 1905, cuando se celebró el centenario del Quijote.

A su caer, el Porquerizo con la cuerna y los cerdos que, al tocarla, salen a la vez, para reunirse en piara e ir con el porquero a buscar la comida al campo.

Nadie con más derecho podría ocupar estas ruinas sin ventura ni hozar en ellas con más propiedad. Esta escena de puercos en el Castillo de su investidura, encolerizaría a D. Quijote y le movería a esgrimir su lanza para ahuyentar a gente tan apastosa y gruñona, olvidando la succulencia de sus perniles. ¡Impone el pensar la arrogancia con que el Caballero acometería a la manada hasta dispersarla despavorida por la inmensa llanura huyendo del zafarrancho!

a su lado cruzado de manos. Sencillos adornos caligráficos completan la cubierta

Este número extraordinario contiene numerosos escritos sobre los actos de aquellos días y su significación que no tendría objeto comentar aquí y que se conservan en la memoria de cuantos recuerdan o se interesan por los temas cervantinos.

Pero ya Crescencio Rosado ha sentido el aguijón del arte y en el número 31 que es el primero después del 25 entre los que hemos recibido, vemos en la portada, que sigue siendo de cartulina pero

de color de rosa, una alegoría con uno de los signos del zodiaco, Acuario y una orla que comprende las referencias de la publicación.

Esta portada tiene por dentro numerosos anuncios manuscritos y la primera página aparece adornada con un gran dibujo y un trabajo titulado *Reaparición*. En él se habla de haber dado cuenta de la suspensión del periódico a fin de variar la forma de publicación utilizando los caracteres de imprenta en lugar de los manuscritos.

Como era natural D. José pensó en su pueblo, Criptana, para hacerlo en imprenta, pero como se tardaba hizo este número 31 a mano como los anteriores y con este motivo dice que el fondo no ha de cambiar al hacerlo en imprenta, pues sus fines son atender a la ilustración del vecindario del Puerto y proporcionar la lectura útil y amena a la sociedad de Recreo a quien especialmente dedica el producto de su inteligencia y desvelos.

Este número tiene muchas más páginas e infinidad de curiosidades y como datos vivos de la aldea la junta del Círculo de Recreo para 1906, que forman, como presidente honorario el cura don Benjamín D. Balmaseda, presidente efectivo el médico D. José Antonio Alarcón, vicepresidente Juan R. Almoguera y vocales Mamerto Infantes, Demetrio López y Serafín Baeza. Tesorero Agustín Mateos y secretario Lorenzo González. Llega un nuevo sacerdote que procede de Villarta, D. Rogelio García Villanueva y muere la mujer del maestro Sr. Priego. D. José tira de consejos, porque estamos en Febrero, y dice que las personas que hayan sufrido ataques cerebrales o tengan predisposición a ellos deben prevenirse del frío intenso y las personas que padecen habitualmente de tos hallarán en el abrigo y en el uso de la leche los medios más oportunos para mejorar su estado, siendo preferible en estos casos la leche de burras.

En el estado sanitario, al final de lo co-

rriente dice que los casos graves que ha asistido han sido uno de tuberculosis, otro de laringitis y un antrax. Los dos primeros sucumbieron.

Describe la ribera del Guadiana y publica una nota de precios: Aceite, 16 litros 12 pesetas, Candeal 55 ptas. 50 kilos; Gejar, idem 13 ptas.; Cebada, idem 9 ptas; Azafrán, 460 gramos 37'50; Aceitunas, 50 kilos 10'50; Vino, 16 litros 2 ptas.; Pan, kilo y cuarto 0'45; Carne, 460 gramos 0'60.

El número 33 tiene otra portada de Crescencio Rosado con el signo ARIES y la misma orla del anterior en color verde claro. Los anuncios interiores manuscritos y parecida distribución, las curiosidades de todo orden y conocimientos útiles.

El número 34, también ilustrado por Rosado con el signo TAURO e igual orla y anuncios y curiosidades que el anterior.

Y con esto llegamos al número 35, el primero impreso de LA PARODIA, correspondiente al primero de Julio de 1906, otra vez con papel corriente, sin las cartulinas ni los dibujos de Rosado.

D. José, alborozado, explica en este número lo que echábamos de menos al principio, que sus fines al hacer el periódico era coadyuvar a los ideales del Círculo de Recreo y fomentar la instrucción, habiéndolo hecho a mano imitando la imprenta y parodiando a los periódicos serios, de donde procede el título de LA PARODIA.

La Instrucción y la Higiene, dice, seguirán siendo los pun-

tos principales de nuestro programa, con la Agricultura, la crónica local, amenidades y noticias útiles, el estado sanitario y los cambios atmosféricos.

"Pollos de la aristocracia",
¿Pretendéis que quien os vea
en vuestros cabellos lea
amor, juventud y gracia?
José Calvillo hermosea
el pelo con elegancia.

Prim, 7

Se ve que la gente se ha soltado el pelo. Y que estamos en la tierra del Quijote sin duda alguna. Estamos en La Mancha y no se han de olvidar las intuiciones del genio cervantino. El Puerto sería una aldea de mala muerte pero de muchas campanillas. Veáse como brota el temperamento

Princesas de estirpe real
¿Queréis vestir elegantes?
Visitar al comerciante
Antonio S. Bazal.

Prim, 42

No se imagina uno como podría estar la calle Prim a los ojos de los portuenses.

Conservas y ultramarinos
champagne, rum, buenos vinos
del público la delicia,
expéndice en los divinos
hoteles de la Patricia.

Prim, 34

¿Queréis chocolate y pan?
¿queréis bacalao y arroz?
Pues visitar a Tomás
que tiene un surtido atroz.

Prim, 21

También LA PARODIA tenía su domicilio en la calle Prim, ¿como no si era la bandera del quijotismo? En el número 36 se publica el domicilio, Prim, 27, y se da el precio de la suscripción, 2 pesetas al año. Es lo más notable de ese número en relación con los demás ejemplares hallados.

No ofrecen novedades las referidas secciones en este número, salvo la de estar impresas, pero aparecen varios anuncios en la contraportada posterior, asaz significativos, el primero de Calvillo, que dice:

Y este otro:

Restaurant a la derniere
bien amueblado y servido
¿Su dueña? Pues lo diré;
Señora Adela Garrido.
Frente a la glorieta

Prim, 26

Según de la fama el eco
hasta la reina Victoria
está ensalzando la gloria
del calzado de Pacheco.

¡¡Señores!! Llegó la hora
de tener que publicar
que es imposible pasar
en todos tiempos y ahora
sin visitar el bazar
de Agustín Mateos Zamora

Prim, 24

Se que has tenido un disgusto
con tu esposa Ana María
¿Por el traje?
—Caballito.
—¿Quieres vestir con buen
Visita la sastrería (gusto?)
del perinclito, inaudito
Barrios, el sastre del día.

Prim, 12 duplicado

En el número 37 hay la curiosa noticia de que la banda de Criptana que dirigía el boticario Bernardo Gómez, hermano de nuestro José María y de D. Carlos el fundador de la academia de Argamasilla iba a ir a Villarrubia a tocar en las fiestas de la Virgen de la Sierra. El interés está en que D. Bernardo, quijotesicamente se metiera en esas empresas acreditativas del genio de la raza.

Estos números de LA PARODIA son muy parejos y no ofrecen novedades que señalar, salvo el léxico cada vez más desmesurado y discordante de la mayoría de los colaboradores y hasta los títulos de las curiosidades: "el huevo que anda" "Modo de fundir una moneda en una cáscara de nuez sin que se quemé esta", etc. etc.

El número 38 está dedicado a la feria íntegramente con tantas invocaciones a la historia muerta que no deja ningún espacio para el recuerdo vivo y lo mismo le sucede al número siguiente, 39, con relación a otros temas, pero en éste hay alguna noticia sorprendente, de las que denotan vida, dice que circulan rumores, hace algún tiempo, de haber sido pedida la mano de una jamona en estado de merecer, en el vecino pueblo de Herencia, para un diplomático caballero residente en el Puerto. Otra noticia es que el catedrático de Operaciones de San Carlos, D. Ramón Jiménez, padre de los doctores Jiménez Guinea actuales, estuvo en el Puerto de regreso de una cacería con los herencianos.

El número 40 aparece mejor confeccionado pero de menor tamaño. La noticia más destacable es que Antonio Pérez ha tomado el título de ministrante y que han nombrado sacristán de Las Labores a Antonio Camuñas. El periódico va teniendo correspondientes en todos los pueblos que mandan sus informaciones y publica charadas, fugas de vocales y adivinanzas. Se va eclipsando el Puerto y D. José Antonio cede terreno, y lo mismo en el número 41.

Los números 42, 43 y 44 tienen las páginas mayores que los anteriormente revisados y son los últimos que hemos podido ver.

En el primero se justifican de no haberlo publicado a su tiempo y M. Rosado despide al año 1906 con elevadas frases de estilo castelarino y un recorrido histórico general.

El periódico no ha modificado sus secciones habituales y se acentúa el aleja-

miento del fundador. Hay la novedad de una asamblea médica del distrito de Alcázar a la que asisten Fisac, Fernández, Alcañiz, Olivares, Milla, García Casarrubios, Isern, y Cenjor. Y mandan su representación Guerra, Ortiz, Delgado, Martínez, González, Escribano, Pereira, Garzarán, López, Granero y Alarcón; es el 10 de Enero de 1907. Se elige nueva junta nombrando presidente a D. Florentino Isern, de Criptana; vicepresidente a don José González, de Socuéllamos; tesorero a D. Román Olivares, de Alcázar; vocal a don Valentín García Casarrubios, de Pedro Muñoz y secretario a D. Antonio Cenjor, de Criptana. Los temas de la reunión han perdido totalmente su significación y no hay por qué actualizarlos ni se comprenderían.

Informa el periódico de haber sido elegidos diputados provinciales por el distrito de Manzanares-Alcázar D. Casimiro Penalva, D. Angel García Noblejas, D. Antonio Criado y D. Miguel González. Y que en las próximas elecciones para diputados a Cortes lucharían por el distrito de Alcázar D. Ramón Baíllo y don Melquiades Alvarez, esperándose una elección muy animada.

Las obras del teatro de Criptana iban muy adelantadas y se había inaugurado el hospital del mismo pueblo.

El número 43 se da cuenta de otra reunión de los médicos con la preocupación de la moral profesional, que era el tema invariable de aquel tiempo quijotesco.

Salió diputado D. Ramón Baílllo Baílllo.

Y llegamos al último número, el 44, en el que se sigue hablando de las relaciones entre los médicos y curiosamente se describe un modo de dar quinina a los niños revolviéndola con aceite. La verdad es que el que haya tomado quinina de chico a foriori no es fácil que se le olvide.

El periódico termina con una noticia muy propia del terreno, sobre unos jóvenes, "amateurs" dice, de las glorias escénicas, en unión de varias pollitas, émulas de la Guerrero, de la Pino y de la Tubau, que van a debutar sobre las tablas próximamente para dar ejemplo a las populosas urbes que permanecen con sus coliseos clausurados siglos enteros, enseñándoles el camino que deben seguir.

Que grande es nuestra tierra y que grande es este Puerto, largo y estirado como el héroe cervantino, con sus trece calles rotuladas al son de los cascós y charrascos legendarios que cruzaron la angustura: Prim, Topete, Calatrava, Castelar, Olozaga, Libertad, Espartero, Arroyo, Encinar,

Herencia..... En ninguna otra parte pudo ni debió armarse caballero Don Quijote, que es de La Mancha porque de La Mancha es el modo quijotesco encarnado en él. Estará o no estará la venta, pero en todo caso estará la necesidad de su existencia, que flota en el aire y que por algo Cervantes, después de infinitas correrías, la dió por situada en este lugar del camino.

D. José Antonio Alarcón y López-Casero, nacido en el Campo de Criptana, ciudad de señores, y médico titular del Puerto Lapiche, villa de tránsito, hasta su muerte, le entregó a este rincón de la vereda toda su capacidad de sentimiento en aras de los más puros ideales de ilustrar y de higienizar a sus convecinos que es tanto como librarlos de todo mal.

Santa aspiración la de D. José Antonio y gran ánimo el suyo al proseguirla con denuedo, velando sus armas cada dos por tres junto a los pairazos del pajar de la venta. ¿Que importa que no se reconocieran oficialmente como monumento nacional? El monumento lo levantaba él a diario blandiendo su pluma contra la incuria y la ignorancia y eso, que es lo quijotesco y propio de los ánimos esforzados, quedará para siempre en los anales de la caballería andante, porque lo da el terreno y mientras queden hombres en La Mancha habrá ilusos que se embarquen en empresas nobles sin medir los riesgos ni mirar el provecho.

RACIONES DE VISTA

Algunas veces subieron la cuadrilla de César, Correíllas y Julio a cenar a los escaparates del Paseo y se hacían el menú contemplándolos.

—¡Vaya un pisto!, decía uno.

—¡Tampoco iba a estar mal esa perdiz para después!

—¡Qué tomates, eh César!

—Pues no te creas que unas gachas con ese lomo tampoco vendrían mal.

—¡Que corderillo para asado!

Y cuando se hartaban, que no podían más se iban a sus casas erupcionando por el buen cuerpo.

Oraciones curativas

La frondosidad que tiene el curanderismo en nuestra comarca es increíble para quien no la conozca.

Pueblos hay como el Quintanar, tan negociante, que parece que no tiene otra cosa en que pensar.

Usa un sistema muy generalizado.

La oficiante echa agua en una taza y le reza a todos los santos.

Mete el dedo corazón de la mano derecha en la alcuza y gotea en el agua haciendo la cruz cuatro veces.

Si las gotas se juntan y tienden a sumergirse y ocultarse, formando una sola luna, es que a la persona le han hecho mucho mal y si ha pasado viernes por medio teniendo el mal dentro de la cabeza, les puede mucho más.

Si el mal de ojo se lo hacen comiendo y se lo ha tragado reviste especial gravedad.

El agua del rezo tiene que bebérsela la persona a quien se le reza, cosa poco apetecible porque lo propio de las brujas es no ser aseadas y menos lavarse para sumergir el dedo en el aceite y como la categoría social y aún los títulos no excluyen la creencia, a mucha gente se les resiste el trago, pero a ver que remedio queda. Ahora se estila mucho el ir la gente de coche a esos rincones, con lo cual se hace más ostensible su presencia y dan prestigio al arte de la adivinadora. Antes iban a excuso o de tapadillo, pero iban igual.

Si se trata de animales, cosa frecuentísima y no quieren el agua se la echan en el pienso.

El daño causado lo es siempre por la vista y pillándolo a tiempo no falla el remedio.

Las muy diestras le enseñan al paciente hasta los ojos de la persona que le hizo el daño reflejados en el agua de la taza. Incluso aconsejan una oración provisional para que el mal no cunda en tanto que la de la gracia llega para hacer el oficio completo.

La oración provisional es también muy conocida en Alcázar y está publicada en esta obra, es la siguiente: "dos me han aojado cuatro me tienen que sanar; Jesús, María y la Santísima Trinidad". Su influencia es tanta que cuando después se va a decir la oración secreta, la que la dice enseguida advierte que a ese paciente, persona o animal, ya le han rezado y lo dice, porque nota que no le obra bien la oración y tiene que utilizar recursos especiales y supremos y la persona consultante se queda turulata al oír y ver como le descubren los secretos.

El arte de comerciar

Antonio el Rulo que, dentro de su templanza y de su sorna, tenía sus arranques, vió entrar dos chicos en la tienda y el más decidido le dice:

—Hermano, ¿tiene usted trompos?

—Y a tí que te importa, le contestó, si no me los vas a pagar.

* * * * *

Cayetano Bolecas, cuando llegaba un chico llorando a la tienda, lo miraba por encima de las gafas y le decía:

—Llora más fuerte, hasta que revientes.

Y el chico se callaba como por encanto.

* * * * *

Una tendera de aquí al lado, se entiende de un pueblo cercano, fue llamada a casa de una parroquiana para pedirle un favor.

Una vez allí le explicó el favor que era preguntarle si le podía dar fiado hasta que su marido trabajara.

La tendera, mujer bondadosa pero de genio vivo, se quedó asombrada

—No está mal tu señorío, le contestó. Y para eso me haces de venir y que deje la tienda en manos de las chicas. No puedo dártelo, pero aunque pudiera no lo haría por tu tranquilidad

Y la parroquiana dejó de serlo para toda la vida.

* * * * *

Estos casos son infinitos

Sin embargo, Pedro Escudero, que podía aguantar a la gente menos que nadie, fue uno de los hombres que renovaron el comercio alcazareño, tal vez el que más, teniendo unas cualidades impropias para ello, que fueron superadas gracias a su buen criterio y que le hubieran sido fatales. No podía soportar al público, sus rarezas, sus caprichos, sus exigencias y a veces hasta el sorprendente desconocimiento de su propio interés.

Por eso se le vió desde joven saliéndose del mostrador en un alarde de sensatez, reconociendo que él, tan comerciante, hubiera sido el mayor enemigo de su tienda y ya en la época de Felipe y de Heriberto Martínez confiaba a estos el despacho, reservándose la dirección, la orientación, que se fue acentuando con el tiempo.

El lo preparaba todo, lo preveía, lo situaba en la mejor forma, pero el acto de la venta lo eludía para no disgustar ni disgustarse.

Y ese fue uno de los rasgos de su talento que se puede ofrecer a las nuevas generaciones, aunque no el único porque a Pedro Escudero habría que ponerlo como ejemplo de varias cosas más, aparte de su valer como comerciante acreditado en el desarrollo de su empresa y entre ellas la de haber sido el concejal de obras públicas del ayuntamiento de la Conjunción Administrativa, desempeñando una función sin precedentes ni siguientes, cosa que Alcázar haría muy mal en olvidar.

IMP. VDA. H. MATA.-ALCAZAR

Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Núm. de Registro M. 3053 - 61